



NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



—Se enamoró Azepha, y vino á enamorarse de un caballero aventurero... (pág. 132).

SUMARIO.

Texto.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. —Nuevo arte de amar, por don Antonio de San Martin. —Honor de esposa y corazón de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. —Nuevos datos sobre la pérdida del varón. —Sección de America: Noticias de Venezuela; muerte del general Matias Salazar. —Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tarrago y Matas. —Los tímidos, por el marqués de San Ildefonso. —Historia de la insurrección carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias. —Causas celebradas. —Sección festiva.

Grabados.—El Rey del puñal. —Pragmática contra los perros. —Retirada y dispersion de la partida Carana.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

Era aquello una bufonada continua, punzante, diabólica, epigramática hasta lo infinito.

Cuando se hubieron levantado los manteles, el rey mandó despejar á todos menos á Cantoncillo.

—Mi buen hijo,—exclamó el juglar viniendo á sentarse de un salto sobre el plano de mármol de la chimenea levantado sobre el pavimento y quedando sentado á usanza de los moros sobre sus piernas cruzadas,—tu me maravillas cada día mas; has almorzado como un batre, y momento ha habido en que te he creído á punto de disputarme con un lobo el tasajo que yo rapiñaba de la mesa, porque no era justo que tu almorzases: cuerpo de rey y yo me quedase con el estómago lleno de aire como mi laúd; eres admirable, rey y señor mío; yo creía que tenías tan lleno el cuerpo de rabia que no te cabía en el otro tanto alimento que el que se puede coger en un plato de puchos con la punta de una aguja. Por lo tanto, te hago reparar en que me he colocado á una respetable distancia de ti; y te advierto que estoy prevenido y apoyado en mis jarretes para evitar, si es necesario por un salto de cigarrón, el que por haberte quedado algun apetito me devore; tu digestión debe ser trabajosa, hijo, y yo voy á darte un digestivo en una historia tan importante para ti, que yo no te la referiré si no te obligas á pagármela como corresponde á un rey tan soberbio y tan esplendido como tú.

—Veamos el premio.

—Has de saber que allá en los tiempos de la juventud, pudiera decir mejor de la infancia de tu ilustre abuelo el rey don Jaime, entro en la plaza del Mercado de Zaragoza un alférez de almogavares que habia ido allí á los quintos infernos, al Oriente, á servir como aventurero en no sé qué guerra, ni contra quien, ni á servicio de quien. Cuando se sacan las historias por tradición son muy incompletas. Pues has de saber, rey y cachillo mío, que el tal alférez de almogavares habia entrado en el Mercado llevando atados por el cuello, de una soga, no dos bestias, como era de suponer, sino dos criaturas de Dios: un hombre y una mujer que habian sido hechos cautivos allá en Oriente, y que en el reparto del botín habian tocado al alférez de almogavares. Eran de color de cobre, exactamente como yo, pero jóvenes los dos y hermosos. Viólos un oficial del rey y los compró para el rey, de manera que pasaron á ser es-

clavos de su señoría. De aquellos dos desventurados, convertidos de criaturas libres en bestias vendibles, vengo yo; y como ellos fueron esclavos de tu abuelo y de tu bisabuelo, yo soy esclavo tuyo, sin que para la esclavitud de toda una familia haya habido otro derecho que el de la fuerza. Pues bien, hijo mío, yo no te contare esa historia que te he anunciado, y que te interesa lo que tú no puedes figurarte, si no me haces libre.

—Y que importancia tiene para mí esa historia?

—Mi buen amigo,—exclamó el juglar,—tú no te encuentras ya á ti mismo, tan no tuyo eres; tú no eres más que de una pasión, de una locura, de un delirio, de un amor imposible que te espanta y te mata, porque aún no has perdido completamente el temor de Dios; un amor por el que has hecho cosas tremendas; que lo diga si no el pobre rey de Mallorca, á quien has acechado, á quien has traicionado, á quien has despojado contra toda razón y derecho de los dominios que le gitamente poseía; tú no vives sino para ser la presa miserable de una rabia irredimible; y todo por ella, por la hermosa joven rubia de los ojos azules, de la boca fresca y purpúrea y de la tez de nácar; ella es tu vida, tu alma, tu alicion, tu eternidad; por ella darías tu tus reinos, tu soberbia, tu salvación; ¿qué recompensa encontrarías tú bastante para premiar al que te, probase que la reina de Mallorca no es tu hermana?

Se levantó el rey de una manera violenta, y con tal aire, con tal expresión, con un desorden tal en el semblante, que el juglar, de un solo salto, se puso en la puerta de la cámara.

—Vamos, vamos despacio, don Pedro,—exclamó el juglar,—si no quieres perderme la vista á consecuencia de otro salto.

—¡Inbecil!—exclamó el rey;—¿quién te unenaza? ¿pero quien tan poco permanece tranquilo después de la revelación que acabas de indicarme?

—¡Ah! yo te lo probaré,—contestó el juglar adelantándose lentamente;—pero es necesario me prometas que si te lo pruebo me darás la libertad.

—Por mi alma te lo juro.

—Perfectamente,—exclamó el juglar;—pero sientate, rey mío, sientate, y quita la mano de sobre tu puñal si quieres que yo este tranquilo.

El rey se sentó de nuevo.

El juglar fué á sentarse de la misma manera que antes en el lugar que habia ocupado.

—¡Habla, habla!—le dijo el rey,—me estás dando tormento.

—La libertad sin dinero,—dijo Cantoncillo,—es muy poca cosa; habreinos dejado de ser esclavos de un amo para venir á dar en esclavos de la miseria, que es una muy mala señora.

—Te prometo un tesoro si me pruebas la verdad de lo que me has anunciado,—dijo el rey.

—Mi dinero vale por sí mismo,—dijo Cantoncillo,—pero vale infinitamente más cuando se le añaden privilegios; quiero ser noble, y no solamente noble, sino ricohombre.

—Cuanto quieras,—exclamó el rey,—pero acaba.

—Calmate, calma, rey mío,—dijo Cantoncillo;—tú eres valiente y sereno; figúrate que vas á entrar en batalla, hijo; adárgate, tócate la lanza y afínate bien en los estribos; no te permito vuelvas á saltar como antes, ni más ni menos que si te hubieran disparado con una ballesta. Para las grandes pruebas has dado Dios al hombre el grande valor.

—Adelante, ¡vivo Dios!—exclamó impaciente el rey;—¿cómo no es mi hermana doña Constanza habiéndola dado á luz mi madre?

—Cabalmente no habiéndola dado á luz. Y si no, mira, apela á tus recuerdos: tú no has conocido á tu buena madre doña Teresa

de Entenza; pero has visto su imagen en taldá, la ves todos los días, está allí. (Y el juglar señaló una gran tabla colocada dentro de un marco dorado, ó más bien de una riquísima ornamentación gótica dorada, que se veía sobre una pequeña puerta que daba paso á la recámara del rey). Tu madre era blanca, pero con un blanco mate, con un blanco que nada tiene de común con el blanco transparente y nacarado de doña Constanza; tu madre era más bien una morena pálida; tenía, repáralo bien, los ojos negros, y aunque no pequeños, no tan grandes como los de doña Constanza; aunque hermosos, no tan hermosos ni tan dulces ni tan bellos como los de doña Constanza; ella tenía los cabellos negros como el ala del cuervo; y doña Constanza los tiene rubios como el oro virgen; doña Constanza es melancólica, y tu madre era altiva y dura; por ante la Naturaleza, ¿qué encuentras tú de tu madre en doña Constanza? nada; ¿qué en tu padre? nada; tu padre era moreno, cejijunto, triste, pelinegro, ojinegro, rudo.... No, no; por ante los signos naturales tú no puedes encontrar en doña Constanza á tu hermana; ella no es ni en lo más leve como tú un conjunto de lo que fueron tu padre y tu madre.

—Pero por lo mismo, ¿cómo ha podido su plantarse una infanta por otra?

—¡Ah, diablo! cuando las reinas son soberbias; cuando no quieren se sorprendan en ellas un solo momento de debilidad, ni aún aquellos que nacen necesariamente del dolor; cuando llega el instante del alumbramiento, hacen apagar las luces si es de noche, hacen cerrar las ventanas si es de día.

—¡Ah!—exclamó el rey recordando, porque lo habia oído decir, que su madre habia dado á luz á oscuras á todos sus hijos, de donde podia deducirse que por el momento no los habia dado á luz, sino á tinieblas.

—A oscuras, una persona audaz, como, por ejemplo, yo....

—Tú!

—Es decir, hablando por comparacion, una persona que, como yo, conociera toda las entrañas y todas las salidas del alcázar de Zaragoza, por ejemplo; una persona de la casa, y tanto más si se tenía una gran confianza en ella, podia fácilmente hacer una sustitucion si estaba de acuerdo con la partera y si un día antes habia tenido una hija de una mujer adorada, desventurada y pobre.

Pasó una convulsion poderosa por el cuerpo del rey, y sus terribles ojos negros desplomaron una mirada terrible en los del juglar, que hizo un movimiento como para ponerse en salvo.

—Continúa,—dijo el rey dejando su actitud amenazadora y replegándose en sí mismo. Cantoncillo continuó:

—Había una pobre niña en Zaragoza, en la Judería; era hebrea; su padre, viudo, no tenía más familia que ella; era joyero, y de una habilidad tal, que tu madre, señor rey, no quería otras joyas que las que salían de sus manos. Se le tenía por pobre, porque siempre que se le encargaba una alhaja pedía dinero de antemano para comprar las piedras y el oro. El decía: yo soy un pobre oficial; yo vivo del trabajo de mis manos, y aun así tengo tal conciencia y empleo tanto tiempo en la obra, que apenas saca para comer de lo que trabaja. Pero esto era mentira; cuando se le confiscaron los bienes que pudiera tener, y se le ahorcó, y se mandó que se derribase su casa, se encontró en el hueco de una pared, en pedrería, oro en barras y oro acuñado un inmenso tesoro.

—¿Ahorcáron á ese perro infiel?—preguntó el rey.

—Sí, señor mío; por el pescuezo, hasta que murió en la plaza del Mercado.

—¿Qué delito habia cometido?

—El de alta traición y lesa majestad.

—¿Cómo?

—Sí, habia conspirado contra la vida de

tu abuelo el rey don Jaime II el Justo; tu padre era todavía infante.

—¿Con qué intento?

—Escucha, rey mío, escucha: por pobre que fuese Samuel Abacub, como pretendía pararlo, tenía en la casa, y le veían todos los que entraban en ella, que lo eran los más nobles, los más ricos y los más libertinos de Aragón, Cataluña y Valencia, un verdadero tesoro, que el dejaba ver á todo el que era rico, porque Abacub decía que lo que no podía convertirse en oro no tenía valor alguno. Este tesoro era su hija Azepha. ¡Oh! Azepha! ¿Tú no sabes, rey mío, lo que era Azepha! Si tú la hubieras visto la hubieras adorado, porque Azepha.... ¿Quieres conocerla?

—Veamos,—exclamó el rey.

El juglar se abrió su sayo y sacó de él una placa redonda, ó más bien oval, de oro esmaltado.

En esmalte se hacían cosas maravillosas en la Edad Media, especialmente por los orfebres judíos y árabes.

En aquella placa, que en otro tiempo debió haber sido parte de un collar, se veía esmaltado en rojo por la una parte un sello de Salomón rodeado de una inscripción caldea que quería decir: *No hay más que un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, padre y señor de todo cuanto existe. Alabanza á El.*

Vista la placa por el anverso, representaba en esmalte y en miniatura una joven hermosísima, cubierta la cabeza por una toca hebrea, y tendidas por delante dos gruesas trenzas rubias, signo indudable de que se trataba de una doncella.

Las israelitas, así como las musulmanas, se cortan los cabellos cuando se casan, y no vuelven á dejarlos crecer.

El rey, al ver el retrato, exhaló una exclamación de dolor y de sorpresa.

Indudablemente la joven representada en el retrato era la madre de doña Constanza.

No podía darse un parecido más exacto, y sin embargo no podía confundirse.

La expresión del semblante del retrato era más acentuada, más primitiva, y aún si se quiere más dura.

Se notaban en los rasgos característicos, el estilo bíblico, por decirlo así, de la raza israelita.

¿Cómo la infanta doña Constanza había podido ser puesta en el lugar de la infanta legítima, robada en el acto de nacer, sustituida con otra y desaparecida?

Cantoneillo lo había explicado; pero el rey, que poseía un espíritu superior; que era literato, poeta, jurisconsulto, filósofo, astrólogo, alquimista, teólogo, físico; que era un sabio, en fin, y un sabio de talento; que había aprendido todas las ciencias que se conocían en su tiempo, incluso la de la política y la del mundo, la de las gentes; que había estudiado, tomando parte desde muy joven en vida aún de su padre, en la gobernación de Aragón, que por la extensión de sus dominios podía llamarse entonces una nación de primer orden, don Pedro IV, que era el hombre de imaginación, encontraba fuertemente inverosímil el cuento del juglar.

Sin embargo, aquel retrato tenía casi el valor de una prueba, lo que no bastaba para satisfacer á don Pedro, pero sí para aturdirle, para embrollarle.

A más de esto, como alquimista, como inteligente, como práctico, había conocido á la prieta ojeada que el esmalte era antiguo y que el oro tenía un cierto color, un cierto desgaste en las cinceladuras, que mareaba que aquella joya había sido muy usada durante muchos años.

Parecía, pues, que la joya era anterior al nacimiento de doña Constanza.

Además de esto, y como el rey don Pedro era también artista, no pudo menos de reparar en que el dibujo del retrato y su colo-

rado pertenecían, no á lo que entonces hubiera podido llamarse escuela española, sino á la escuela veneciana, mucho más avanzada, y cabalmente á la escuela veneciana de hacia veinticinco ó treinta años.

Por esto, y como para comprobar, mientras examinaba minuciosamente el retrato, preguntó á Cantoneillo:

—¿Conociste tú al padre de esta diosa?

—¡Oh! mucho, mucho,—respondió Cantoneillo,—demasiado; tu madre era muy dada á las joyas, y como Samuel Abacub era un joyero incomparable, le tenía trabajando siempre; pero acontecia que un encargo se eternizaba en las manos de Samuel.

No trabajaba sino cuando no estaba borracho, y esto acontecia muy rara vez.

—¿Cómo! ¿borracho un judío? ¿pues no le está prohibido por la ley de Moisés beber vino?

—Sí, sí, hijo mío,—contestó el juglar,—le está terminantemente prohibido, so pena de perder su alma y su cuerpo, beber vino y comer tocino; ¿y sabes tú lo que hacen con ellos sus rabis cuando comen tocino ó beben vino?

—Los apalean.

—Eso es, les dan una paliza en la barriga hasta que los hinchon, los revientan y les hacen echar el alma condenada por la boca; pero en tierras de cristianos, donde hay señores, los rabis no pueden imponerles penas corporales, y se contentan con anatematizarlos y maldecirlos; y como las maldiciones, según decía aquel hereje de su ley, no daban, se atracaba de jamon y de vino, y había que esperar un año, ántes de que acabase la más sencilla joya que se le encargaba.

A propósito; dos años largos invertió en esmaltar el retrato de su hija y cincelar el marco.

—¿Cómo!—exclamó el rey,—¿pues que, ¿no les está también terminantemente prohibido á los israelitas, por la ley de Moisés y bajo severas penas, el imitar, representar, ya por medio de la pintura ó de la escultura, las obras de la Naturaleza, que son las obras de Dios?

—Y qué le importaba de la ley mosaica al padre Samuel después de haberla infringido por su desordenado amor al vino y á la carne de puerco, con perdón sea dicho; ¿cuántas veces podía perder el alma? Y una vez perdida, ¿qué importaba aumentar el peso del pecado que tiraba de él y le sumergía en el piélago de fuego del infierno? La cuestión es empezar, rey mío; cuando se empieza hay que seguir; tú lo sabes bien, y yo que te he observado profundamente desde que eras niño: tu primera picardía, que fué el despojo de tu madrastra y de sus hijos, tus hermanos, te costó trabajo; luchabas, dudabas, andabas inquieto, estabas todavía virgen de culpa; pero la levadura del pecado existía en ti; te atráste, y después no te has detenido.

hijo mío; no te bastaba con tener Aragón, Cataluña, Valencia y Murcia, Córcega y las Dos Sicilias, ni los derechos á Jerusalem; te has tragado los Baleares, el Rosellon, la Cerdeña, Montpellier; y si Dios no lo remedia, después de haber dejado desnudo y sin pellejo al que llamas tu cuñado, porque eres tu hermana á doña Constanza, vas á dejar al señor rey de Francia sin más terreno que el apéndice suficiente para que se tenga en un pie como una grulla mirando á la luna y sin saber que hacerse. Desengáñate, rey mío, si es que estás engañado; la cuestión de todas las cosas es el principio; pero una vez empezado, lo demás se viene solo; á medida que más se come, más se abren las ganas de comer; ¿y hay quien pueda calcular hasta dónde llega el grandor y la fuerza del estómago de un rey como tú y lo que es bastante para saciar su voracidad? Nada; se habla de hambre canina y no saben lo que se dicen; yo diría hambre regia; ¿y creer que un rey no es una fiera multifauce capaz de tragarse el universo!

Si otro hombre hubiera dicho ni el asomo de lo que Cantoneillo decía á don Pedro IV se hubiera arrepentido tarde, el rey le hubiera arrojado al verdugo; pero los juglares, los locos, los bufones, llámense como se quiera á estos seres humanos que eran el divertimento de los reyes, tenían licencia para decirles cuanto querían, y tanto más les gustaban y tanto más los estimaban cuanto les decían más insolencias.

Muchos de estos locos se aprovechaban de su privilegio y decían á los reyes grandes verdades, y muchas veces una grave situación política se resolvía por un advertimiento de un bufón.

El rey don Pedro oía á Cantoneillo impasible en cuanto á sus desvergüenzas, porque estaba acostumbrado á oírseles, porque el juglar usaba del derecho que se le concedía; porque, en fin, su palabra desenfadada y cortante ilustraba acerca de cosas que él no hubiera podido saber sin la intervención de su juglar.

Al mismo tiempo contemplaba con una gran fijeza, con un gran interés el retrato, del cual no apartaba los ojos.

Cantoneillo continuó:

—Así, pues, y á causa de la lentitud de Samuel Abacub para concluir los trabajos que se le encomendaban, tu madre la señora doña Teresa de Entenza, que era muy impaciente, que me quería mucho, que me favorecía mucho, que no podía pasarse sin mí, me enviaba á meter prisa al joyero; por esta razón yo le conocía mucho, así como á su hija.

—¿Y era aragonés ese judío?

—No, ni siquiera español; era italiano, y había vivido siempre en Venecia, su patria; pero le avisaron de que le iban á prender los del Consejo de los Diez porque se había metido no se en qué conspiración, y escapó, vendiéndose á Sicilia, desde donde se trasladó á Zaragoza.

—¿Y cuánto tiempo hacía que Samuel Abacub estaba en Zaragoza cuando tú le conociste?

—Muy poco tiempo, porque desde el momento en que llegó, y para buscar pan á su hija, como él decía, se presentó á tu madre, alrededor de que era muy dada á las joyas, y la presentó algunas. La señora infanta doña Teresa no había visto hasta entonces nada que se pareciese á las joyas que la había presentado el judío. Se las compró, y desde entonces no cesó de hacerle trabajar para ella hasta que murió.

—De manera,—dijo el rey,—que tú crees por la fecha que este retrato fué hecho por Samuel Abacub durante aún su permanencia en Venecia?

—Indudablemente,—dijo Cantoneillo.

—¿Y por qué juzgas así?

—Yo no juzgo,—contestó el juglar,—recuerdo; el judío me dijo un día que me mostró este retrato, que por cierto estaba pendiente de un collar de perlas, que había quitado de la hermosa garganta de su hija:

—Esta joya es de un gran valor; me ha costado dos años de trabajo; quince años tenía Azepha cuando empecé, y cuando concluí había cumplido ya los diez y siete.

—¿Que edad tenía Azepha cuando tú la conociste?

—Veinte años.

—¿Te enamoraste indudablemente de ella?

—Hasta las entrañas, hijo mío.

—¿Fué, pues, tu amante?

—¿Como quieres que una garza real, joven y magnífica, se uniese á una corneja desolada, calva y ya entrada en años? Yo me rague mi amor y tuve el buen juicio de no darle á conocer. ¿Y para qué? Hubiera sido exponerme á un humillante desprecio. Así es, que como yo la respetaba y la servía, Azepha me trataba con un gran cariño, con un cariño casi filial.

—Continúa,—dijo el rey,—¿cómo fué que

se perdió hasta dar en la horca, en la confiscación y en el arrasamiento de su casa Samuel Abacub?

—Se enamoró Azepha, y vino á enamorarse de un caballero aventurero que había venido á Zaragoza enviado por el rey de Francia, que temía grandemente á tu abuelo el señor rey don Jaime, con quien entonces estaba en guerra.

El encargo que aquel caballero aventurero traía á Zaragoza era envenenar al rey don Jaime.

El rey de Francia se había echado sus cuentas, y había encontrado más cómodo y más barato que sostener una guerra con tu abuelo pagar una traición que le librara de él.

Esto se ha hecho con mucha frecuencia, y debes estar muy alerta, rey mío, no sea que un enemigo tuyo, por razón de economía, te envíe un caballero aventurero que se enamore de una judía ó de una cristiana que tenga un padre tan avaro y tan capaz de todo por el oro como Samuel Abacub.

A un rey es difícil envenenarle; está de por medio el gustador, que no se separa un momento de la cocina mientras se condimenta la comida del rey, y que tiene además la llave de la bodega en el bolsillo; pero si es difícil poner ponzoña en los alimentos del rey, no es de la misma manera difícil procurar al rey una copa que por su belleza le enamore hasta el punto de usarla diariamente, ó de destinarla por algún tiempo á su uso diario, porque esta copa puede llevar la ponzoña en sí misma y hacer imposible que el rey la use mucho.

Un alquimista francés había encontrado el medio de fundir con el oro una sal mineral ponzoñosa, y tan activa, que bastaba que por un brevísimo espacio de tiempo contuviese una copa de tal manera preparada un líquido para que le emponzoñase.

Naturalmente, el caballero aventurero se informó de quien era quien fabricaba la vajilla para tu abuelo.

Dijeronle que el tal era Samuel Abacub.

Le buscó y se introdujo con él mandándole hacer algunas alhajas.

Samuel Abacub tenía una mala costumbre, ó más bien su avaricia le hacía incurrir en una cosa mala y reprobada por los de su ley.

Sabido es que los judíos esconden, como los árabes, á las mujeres de su familia, singularmente á sus hijas doncellas.

Abacub guardaba esta costumbre, ó mejor dicho esta ley, cuando el hombre que iba á su casa no podía producirle nada; pero cuando se trataba de un magnate, ó por lo menos de un caballero rico, entonces era distinto.

Hacia que apareciese ante él Azepha.

El contaba con la hermosura de su hija, y no se engañaba.

No quiere esto decir, rey mío, que Abacub vendía á Azepha ni que siquiera pensase en ello; pero decía:

—Mi hija es un arcángel del séptimo cielo; no puede vérsela sin sentir por ella las penas del infierno; bien podrá ser que alguno de estos señores que vienen á mi casa se enamore de ella de tal manera que sin reparar en que es judía con ella se case; yo no la concederé á nadie sino la da una riquísima dote que valga tanto como su hermosura, y esa dote, á pretexto de asegurarla y de hacerla ganar, la guardaré yo.

(Se continuará.)

NUEVO ARTE DE AMAR.

ARTÍCULO PARA TODOS.

¡Oh! tú, joven sin fortuna, mancebo de corazón de fuego y tísico bolsillo, escúchame un momento con atención, pues contigo hablo.

Ya sé que estás enamorado, ya sé que el objeto de tus ansias es una mujer hermosa y rica, á la cual cercan infinitos adoradores.

No te arredren los contratiempos.

Los audaces logran hacer suya á la fortuna, y empleando la constancia se obtienen magníficos resultados en materia de amores.

Lo primero que debes hacer, si pretendes ser amado, es emplear la discreción; pues como dijo muy bien Florian:

Si quieres ser dichoso amante, sé discreto.

Sin esta circunstancia, no hallarás en el mundo entero mujer que de ti se fle dos veces.

Y verdaderamente que es una villanía y causa hasta repugnancia el oír hablar á algunos hombres cuando pregonan por todas partes que fulanita ó citanita le han concedido tal ó cual favor.

Íbamos diciendo que amas á una mujer joven y bella y que eres pobre.

Pues bien; el día que logres verte correspondido, que si lo lograrás si tienes constancia, contentate con lo que buenamente te concedan y no seas exigente.

Aun cuando sientas celos, ocúltalos todo lo más que puedas, pues como dijo el otro:

¿Amante y pobre?... ¡qué ganga!

Con las mujeres debe haber un tira y afloja continuo. Hoy miel, mucha miel, y mañana un poquito de acibar; la mujer y los niños corren parejas.

Si quieres ser amado, no te dejes dominar nunca ni pierdas la dignidad de hombre, pues de lo contrario estás perdido.

Con esto no quiero decirte que maltrates de ninguna manera á las mujeres; todo menos eso.

No las hieras tampoco en su amor propio. Pocas son las veces que la mujer perdona esta clase de ofensas.

Haz un estudio especial de la mujer que amas, que en esto está el quid de la dificultad.

Si es mogigata, oye misa todos los días, confíesate á menudo, date muchos golpes de pecho y declama contra la impiedad de nuestro siglo.

Si es alegrilla de cascotes, muéstrate bullicioso, pon en prensa tu ingenio á fin de aparecer gracioso y ocurrente, y conseguirás aturdirla, dominarla con táctica tan especial.

Si es melancólica, aparenta tú también un carácter taciturno y sombrío, suspira sin cesar, pon los ojos en blanco en ciertas ocasiones, y jura que no te alimentas más que de agua y recortes de hostias, aun cuando seas un tragon de marca mayor. Con esta clase de mujeres, una lagrimita de cuando en cuando es de gran efecto.

Si tu amada tiene achaques de poesía, escribe versos á todo trance; y si no puedes conseguirlo, róbalos de los libros viejos, escogiendo los que más se adapten á su figura y costumbres.

Para tus versos, ó los ajenos, debes preferir éstos ó parecidos títulos: *A tus ojos*, *A tus embalsamados cabellos*, *A tus labios purpúreos*, etc., etc.

Compara á tu novia ó lo que fuere á una palma del desierto, á toda clase de flores, aun á las cordiales; compárala á la luna, al sol y á las estrellas, y á todos los ángeles, arcángeles y serafines. Sobre todo, no te olvides de decir que es más hermosa que Venus; esto es de gran efecto.

Di con Zorrilla que sus dientes son *corderos entre alelías*, que sus labios tienen la belleza del coral, sus mejillas el color de la rosa, y sus cabellos compáralos (si son negros) al azabache, á las alas del cuervo ó á la reina de las tintas. En esto de comparaciones no seas escaso porque nada te cuestan.

Voy á darte unos cuantos consejos más, ¡oh joven tímido! y termino estas líneas.

Cuando estés enamorado, no creas que has de ser correspondido por el más ó menos alfiler de tu traje, ni por los guantes color de *canario pulido*, ni por las pomadas y aguas olorosas; todo menos eso.

El hombre debe oler á tabaco y á *ropa limpia*, y no digo á vino porque no vayas á tomar al pie de la letra mi consejo y te aficiones demasiado á la *limonada de pipa*.

Las mujeres, salvo honrosas excepciones, no gustan de un hombre adorado, de un *lindo*, y prefieren al que tose fuerte y al que tiene *jarabe de pico* y sabe interesarlas y las domina haciéndolas comprender su superioridad.

Voy á asombrarte; hay mujeres que quieren hasta la idolatría al hombre que les solfea las costillas, y desprecian al que gime y llora besando humilde sus plantas.

Porque la mujer tiene más nobles instintos que el hombre, y cuando éste aparece á sus ojos empujado, humillado, digámoslo así, se le hace (y perdónesenos la expresión) hasta empalagoso.

Aun á riesgo de que algunas mujeres me *arañen* y me llamen grosero, voy á tomarme la libertad de manifestarte francamente mi opinión á cerca del sexo en general.

La mujer, como amante, novia, querida, ecétera, etc., vale muy poco, generalmente hablando.

Como amiga no tiene precio.

Pero en lo que la mujer es superior al hombre más bueno, al padre más amante y cariñoso, es en su calidad de madre.

No hablo de esas que arrojan á sus hijos á las alcantarillas ó los abandonan en el portal de un prójimo, ó las que por falsas ideas de honor atentan á la vida de sus hijos; esas son unas fieras.

Hablo de la buena madre capaz de sacrificarse por el ser que ha llevado en sus entrañas.

A la mujer, como madre, es necesario alzarla un altar en el fondo del corazón, pues es digna de las mayores consideraciones.

Pero reparo que me desvío del asunto principal, y voy á terminarlo con mi último consejo.

Huye del amor como de un perro rabioso, como del mayor enemigo de tu sosiego, y nunca lo tomes en serio sino después de maduras reflexiones.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

HONOR DE ESPOSA Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

—¿Y cómo lo habeis averiguado?

—Preguntando y respondiéndome afirmativamente esa infeliz.

—Nos falta el nombre.

—Pronunciare muchos y al fin acertaré, y entonces no será ella quien exija la satisfacción que á su honra se debe, sino yo con la espada.

—Sois un gran hombre,—dijo entusiasmado el sastre.

—Por de pronto sufriremos y esperaremos con resignación; pero como algún día he de ser dueño de mis acciones, más ó menos tarde mi dicha no tendrá igual.

—¿Y cómo saldreis del compromiso de esa otra dama á quien vuestra madre quiere que deis la mano de esposo?

—He dicho que no, y mil veces diré lo mismo; y si mi buena madre se empeña en

sacrificar mi corazón, me resistiré abiertamente. Ya os he dicho que esa mujer no me ama, y que al casarse conmigo no haría más que obedecer á su despótico padre.

—A pesar de todo eso....

—La situación es grave, no se me oculta; pero estoy resuelto á luchar, y si no cedo triunfaré.

Y efectivamente, á luchar estaba decidido el caballero y no debía ceder ante ninguna amenaza; pero no sospechaba siquiera que habían de ponerlo en la más espantosa alternativa, y que entonces para resistir sería poco, muy poco todo su valor, de nada había de servirle su energía.

Su madre le amaba con delirio, y sin embargo había de ser la que destruyera el corazón del hijo adorado, destruyendo á la vez el suyo.

No quería Leandro permitir que sacrificaran su corazón, pero tampoco era posible que el sacrificase el honor de su madre infeliz.

El enemigo más temible es el desconocido, y un enemigo tenía Leandro del que aún no se había apercibido.

Si la condesa amaba mucho á su hijo, no amaba menos el hijo á la madre, y la amaba tanto más cuanto que comprendía que su madre no era dichosa.

Pronto daremos á conocer á la condesa, y podrá apreciarse la situación de los unos y de los otros. Ahora no podemos decir más sino que la mujer que se le destinaba á Leandro no era otra que la hija del comendador, y sobre este punto no se equivocaba el travieso Querubín.

—Espero vuestras órdenes,—dijo el señor Policarpo.

—Como siempre, os recomiendo la prudencia.

—¿No debo pagar más largamente el trabajo á mi vecina?

—No, porque vuestra largueza concluiría por hacerse sospechosa.

—Teneis razón.

—Ya comprendéis que yo deseo....

—Sí, sí.

—Pero por hacer mucho puede suceder que nos inutilicemos para todo.

—Haceis justicia á esas dos pobres mujeres.

—Si llegasen á sospechar que ha mejorado su situación con dinero mío....

—Huirían de vos como del enemigo más temible.

—Señor Policarpo, os soy deudor de grandes beneficios, y os recompensaré como mereéis.

—Recompensado me considero con la honra que me dispensais.

Despidióse el caballero y salió.

Entre tanto la joven abrazaba á su madre.

Ya no abrigaba dudas en cuanto á que su amor era correspondido, y se consideraba la mujer más dichosa del mundo.

Sin embargo, nunca había sido tan desgraciada.

Así quedó por entonces resuelta la situación.

Todos los días iba Leandro á la humilde vivienda de las dos mujeres, pero nunca se tomaba la libertad de permanecer allí más de media hora.

Este tiempo lo empleaba en hablar con Conde y en pronunciar apellidos, preguntando á la señora Mariana si alguno de ellos era el de su seductor.

La infeliz madre respondía siempre negativamente.

Tal vez el hombre que la había deshonrado y abandonado había ocultado su verdadero nombre.

Quedaba algún medio para conseguir que la señora Mariana se explicase?

Ninguno, ó al menos Leandro no lo encontró.

Así pasaron los días y los meses, y tal era la situación cuando Querubín, mientras ar-

reglaban su capa, vió con profunda sorpresa que el ilustre don Leandro atravesaba el portal y hablaba con el sastre como hubiera podido hacerlo con cualquiera de sus amigos.

CAPÍTULO X.

Donde conociéramos algo más al comendador.

Tenemos que retroceder volviendo á la morada del comendador para saber lo que allí sucedía en tanto que el atrevido mancebo hablaba con su protector de los sucesos de la pasada noche, y de su sorpresa al encontrar al hijo de la condesa en la casa donde habitaba el señor Policarpo.

El comendador era uno de esos hombres que no alteran sus costumbres por nada del mundo, y de los que pudiera decirse que son esclavos de la costumbre y del reloj.

Lo mismo él que su hija y todos sus criados habían pasado muy mala noche, pues las escenas que habían tenido lugar en el jardín eran más que suficientes para hacer que todos perdieran el reposo; pero no por esto dejaron de levantarse y vestirse á la hora de costumbre, y se hubiera considerado falta muy grave que alguno se permitiese permanecer una hora más en la cama como compensación del sueño perdido.

Apénas el caballero se había levantado, ocupóse en conferenciar con su criado y confidente Andrés, empeñándose en poner en claro los inexplicables sucesos de la noche anterior.

No hay que decir que el anciano rebotaba, y no podía resignarse con lo que había pasado, ni mucho menos con que aquella malladada intriga siguiese adelante con mengua de su limpio honor, ó por lo menos de su dignidad y de su omnimoda autoridad de padre.

No era posible ya poner en duda que su hija había perdido la razón, entregándose al impulso de unos amores que podían calificarse de desdichados; pero ¿cómo el amante desconocido había penetrado en el jardín? ¿cómo había conseguido escapar?

Y sobre todo, el comendador se empeñaba en averiguar quién era aquel hombre que se le había burlado y casi casi lo había puesto en ridículo ante sus criados, el alcalde de casa y corte y la turba de groseros alguaciles.

No podía ser el amante un caballero, ni siquiera un hidalgo más ó menos protegido por la fortuna, pues á serlo habríase presentado para pedir la mano de Maria.

El que nada tiene que temer no se oculta; y cuando el desconocido amante se ocultaba, claro era que algo, y tal vez mucho, tendría que temer.

Lo que temía Querubín lo sabemos ya. No tenía nombre ni fortuna, y por esto no podía presentarse á solicitar la mano ni aún de la más humilde de las mujeres.

¿Cómo la joven se había enamorado de un cualquiera, tal vez de un plebeyo?

Esto era inconcebible para el anciano, pues si su hija tenía su sangre, no era posible, en su opinión, que fijase la mirada en un hombre que no fuese del más ilustre origen.

El anciano no contaba con el corazón, que no discurre, y que es un tirano intransigente que lucha sin tregua hasta satisfacer sus deseos.

En su juventud había tenido el comendador más de un desliz, y por consiguiente más de una prueba que debió convencerlo de lo que son y pueden las pasiones; pero él decía que nada de esto tenía que ver con el amor de su hija, ni podía compararse lo uno con lo otro.

Reconocía el anciano las faltas de su juventud; pero decía que eran calaveradas y nada más, pues nunca había pensado en casarse con una mujer que no fuese de noble cuna.

Seducir á una desgraciada y abandonarla cruelmente no era para el comendador come-

ter una falta grave, ni mucho menos rebajarse, pues esto no probaba haber olvidado los deberes que le imponía su ilustre nombre.

No, no era posible que el orgulloso anciano transigiese, ni aún que perdonase á su desgraciada hija.

Creíase con derecho á disponer del corazón de la joven, á sacrificarla á sus ideas, á su conveniencia ó su capricho, pues no reconocía límites á su autoridad de padre.

¡Casada su hija con un plebeyo!...

Esto era horrible, y el solo temor de que así pudiera suceder le producía vertigos que podían trastornar su juicio ó terminar su existencia.

Paseábase el anciano en su habitación, y su sirviente, en actitud respetuosa, permanecía inmóvil y esperando á que se le interrogase.

Así trascurrieron algunos minutos.

Claramente se revelaba en el semblante del caballero la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Estaba violentamente contraído su rostro y cubierto de nerviosa palidez.

Su mirada era profundamente sombría.

Sombria era también la del criado, casi sinistra, como lo era siempre; pero sus labios, aunque muy poco, entreabríanse y se dilataban como para sonreír.

Oportuno es el decir ahora que las sonrisas de Andrés producían el mismo efecto que deberían producir las de Satanás.

Por fin, el caballero se detuvo, miró á su criado, y le dijo:

—Tiempo has tenido de reflexión.

—Sí,—respondió Andrés,—he reflexionado para estar más firme en mi opinión.

—¿Y qué significa lo que pasa?

—Señor, perdoneme vuestra señoría si no digo las cosas como las siento, porque hay cosas tan graves, tan espinosas y tan feas...

—Nadie nos escucha.

—Sin embargo, el respeto que me merece vuestra hija y mi señora....

—Quiero saber lo que opinas, lo que sientes, lo que piensas, ¿lo entiendes?

—Entiendo, señor.

—Habla con claridad.

—Lo que sucede es bien claro, y como vuestra señoría lo sabe, no necesito decirlo.

—¿Vive el cielo!...

—Señor, anoche, como otras muchas, se ha introducido un hombre en el jardín.

—Sí, otras muchas, porque tu has observado, lo has visto; me lo has dicho....

—Y vuestra señoría no quiso creerme.

—¿Y cómo creer que mi hija, cristianamente educada, tan inocente, tan pura y tan respetuosa para su padre se metiera en estos enredos que deshonrarían á la última de las mujeres? ¡Oh!—exclamó el anciano apretando los puños desesperadamente.—Mi hija, la única heredera de mi nombre ilustre.... Esto debía parecerme imposible.

—Ya dije á vuestra señoría que alguna noche quiso la casualidad que yo viese en el jardín sombras ó bultos que de un lado para otro se movían, y que otro cualquiera hubiera tomado por fantasmas; pero como yo no creo en fantasmas, trasgos ni duendes, supuse desde luego que eran criaturas en cuerpo y alma, y que cuando andaban por el jardín por algo andarían. Ladrones podían ser, pero los ladrones van á su negocio y no se entretienen en hablar horas enteras bajo los emparrados ó entre los bosquecillos de adelfas y rosales. Además, los bultos eran tres, y yo juraría que de los tres no mas que uno era hombre y mujeres los otros dos; y todo esto, y la circunstancia de que uno desaparecía hacia la puertecilla de la tapia mientras los otros se venían por este lado, me convenció de que no eran ladrones ni cosa que le pareciese.

—Y nada me dijiste hasta después de muchos días.

—Quise sorprender á los que andaban por el jardín; pero ellos eran más astutos que yo,

habían adoptado todas las precauciones imaginables y siempre quede burlado.

—Parece imposible.

—Más imposible parece lo que anoche sucedió, y sin embargo es verdad.

—No me recuerdes eso, Andrés.

—Por desgracia, mi noble señor, de tan desagradable asunto hablamos, y no es menester que yo lo recuerde para que vuestra señoría lo tenga en la memoria.

—Es verdad, —murmuró el anciano con sorda voz.

—En fuerza de constancia pude averiguar que uno de los fantasmas era la muy ilustre hija de vuestra señoría.

—¿Y los otros?

—El que á la puertecilla de la tapia se dirigía era el amante desconocido, y aunque yo le hubiese visto el rostro no me hubiera sido posible saber quién era.

—¿Y la otra mujer?

—Dos son las doncellas que sirven á mi noble señora; tiene además una duéña, y hay en la casa otras mujeres, porque vuestra señoría, teniendo en cuenta su rango, no ha querido nunca disminuir el número de sus criados. De todas esas mujeres, una es cómplice.

—¿Cuál de ellas?

—He ahí lo que no he podido averiguar.

—Pues es precisamente lo más interesante. No has acechado en los pasillos para cogerlas *infraganti* cuando volvieran del jardín?

—Sí, pero no parecía sino que adivinaban donde yo me había colocado, y como la casa es muy grande se iban por otro lado, convenciéndome al fin de que me era imposible conseguir nada sin la ayuda de otra persona. Acudir á uno de mis compañeros era dar ocasión á murmuraciones y escándalos, que no me parecían convenientes al honor de vuestra señoría.

—Todo eso está bien.

—Como criado leal, á vuestra señoría le dije lo que pasaba, pero....

—Mi dignidad no me permitía ponerme á espiar como tú; yo debía desde luego imponer un terrible castigo al hombre audaz que atenta contra mi honor.

—Hemos esperado, el amante penetró en el jardín....

—¡Oh!

—Ahora es más difícil averiguarlo, porque después de lo que anoche sucedió, el desconocido amante dejará de venir, y no sé de qué medios he de valerme para descubrirlo.

—Pues á mi me parece muy fácil desde el momento en que sepamos quien ha prestado á mi hija ayuda en esta intriga.

—Tal vez la dueña.

—¡La dueña!... Es demasiado leal y buena cristiana, y además la abonan sus antecedentes.

—Señor, no me fio de nadie, porque muchas veces la picara codicia trastorna la cabeza, y hemos visto muchos ejemplos de dueñas que se mezclaban en intrigas de esta clase, en tanto que aparentaban no hacer otra cosa que rezar para que Dios les abriese las puertas del cielo.

—La fidelidad de la dueña está probada.

—Entonces....

—Me ocurre un medio.

—Bueno será, si bueno le parece á vuestra señoría.

—Cuando mi hija no tenga persona que le ayude, imposible será que sostenga las relaciones con su amante, y el tiempo y la reflexión harán que lo olvide.

—Todo eso es verdad, pero....

—¿Qué observación te ocurre?

—Si no conocemos á la persona que en este negocio ayuda á vuestra hija....

—Despedir á la dueña, á las doncellas y á todas las criadas, y así forzosamente saldrá de la casa la culpable.

—Pagarán justos por pecadores.

—Antes que todo es mi honor.

—Otras criadas vendrán, y tal vez en vez de un auxiliar cuente con muchos mi noble señora, en cuyo caso no sé cómo podremos arreglarnos.

—Debe ser una de las doncellas.

—Todo es posible.

—Probablemente Juana.

—¡Juana! —exclamó el sirviente estremeciéndose y fijando en su señor una mirada cuyo significado no era posible adivinar.

—Sí, esa muchacha es traviesa, poco juiciosa....

—Pero buena en el fondo.

—No niego su bondad.

—Antes he sospechado lo mismo que vuestra señoría.

—¿Y se han disipado tus sospechas?

—Dado algunos momentos el criado respondiendo al fin:

—Completamente, señor.

—¿Que pruebas tienes para responder de la lealtad de Juana?

Pareció turbarse el criado, aunque nunca se turbaba, porque era un bribón desalmado y astuto que ya estaba cansado de representar el más importante papel en toda clase de intrigas.

Afortunadamente, el comendador, en extremo preocupado, no pudo aperebirse de la ligera turbación de Andrés, y como éste no respondía con prontitud, aquel volvió á preguntar con tono de impaciencia:

—¿Que pruebas tienes?

Al criado le ocurrió entonces lo que debió ocurrirle cuando quiso averiguar quien era la criada que había tomado parte en aquella intriga.

—Señor, —dijo, —la última noche que entró el desconocido amante, en vez de acchar en los pasillos, y para no verme burlado como otras veces, fui hasta el dormitorio de Juana.

—¿Andrés!....

—En situaciones extraordinarias es preciso apelar á medios extraordinarios también. Mis intenciones eran buenas, Dios lo sabe, y vuestra señoría me hará la justicia de creerlo.

—Prosigue.

—Llegue hasta el dormitorio, me detuve á la puerta, miré por el ojo de la cerradura y escuché.

—¿Qué viste?

—Nada vi, porque no había luz.

—¿Y que más?

—Un poco percibí ningún ruido, lo cual aumentó mis sospechas, y apartándome de allí fui en busca de una luz.

—Muy bien.

—Para hacer todo esto, como comprenderá vuestra señoría, se necesita tiempo. Volví con la luz y nuevamente escuché, y queriendo á toda costa salir de dudas, me atreví á levantar el picaporte.

—Eso es grave, muy grave.

—Quiso la casualidad que Juana se hubiese olvidado de echar la llave y fácilmente abrió la puerta. Juro que me sentí muy turbado, que las piernas me temblaban y que estuve á punto de retroceder, porque al fin tengo conciencia, me han educado cristianamente....

—Al asunto, Andrés, al asunto.

—Dí algunos pasos.

—¿Y Juana?

—La vi en su cama durmiendo como un lirón, es decir, vi su cabeza, porque la noche estaba fría y se había tapado muy bien.

—Entonces no era ella la traidora, porque el mismo tiempo no podía encontrarse en el jardín y en su dormitorio.

—Por eso he dicho que tengo pruebas de su lealtad, y me parece que si vuestra señoría despidiera á las criadas debe hacer excepción de Lucía.

—Dado el primer paso debiste dar el último.

—Quise ir al aposento de la otra doncella y al de la dueña también, pero ya era tarde, porque el atrevido amante se había ido, y la

cómplice, lo mismo que mi señora, habían tenido tiempo para volver á sus dormitorios.

Andrés mentía descaradamente, pues hasta aquel momento no le había ocurrido hacer lo que decía y lo había inventado para dar la prueba que le exigía su señor.

¿Por qué tanto empeño tenía el sirviente en salvar á la culpable doncella?

Aunque fácilmente se adivina el motivo, diremos que Andrés, contra toda su voluntad, estaba enamorado de Juana; y semejante amor, que el mismo consideraba una desgracia, le hacía comprender el amor de su señora.

¿Era correspondido?

No; pero la doncella tuvo bastante habilidad para alimantar las esperanzas de Andrés sin comprometerse ella.

Así se explica que el criado hiciese todo lo posible para que Juana no saliese de la casa.

En último caso, nada le importaba al sirviente que la doncella hubiese ayudado á su señora, pues si el conseguía averiguar quien era el amante, tendría de todas maneras derecho á la recompensa prometida por el comendador.

Reflexionó éste sin poner en duda cuanto acababa de decir su criado.

—Está decidido, —dijo después de algunos minutos, —se quedará Juana, puesto que su lealtad está probada; pero las demás saldrán hoy mismo, y no vendrá otra doncella, pues con una me parece que tiene bastante mi hija.

Iban á pagar justos por pecadores; pero esto no le importaba al sirviente.

—Y tu entre tanto, —añadió el caballero, —trabajarás sin descanso. Si necesitas dinero dispon de cuanto quieras.

—Sin descanso trabajaré.

—Adoptaremos todas las precauciones imaginables para que mi hija no vuelva á ver á ese hombre.

—Por de pronto he mandado que venga un cerrajeró para que cambie la cerradura de la puerta del jardín.

—Y se le pondrá un candado además.

—Y lo mismo puede hacerse con otras puertas, y así vuestra señoría tendrá al menos la seguridad de que ese hombre no penetra en la casa.

—Todo eso es poco, Andrés, muy poco.

—Ya lo sé.

—Necesito saber quien es ese miserable para castigarlo por haberse atrevido á trastornar la cabeza de mi hija, y sobre todo por haberse burlado de mí como anoche se burló, produciendo escándalos y haciéndome representar el más ridiculo papel. ¡Vive el cielo!... ¿Qué se dirá hoy en Madrid? Imposible es sujetar las lenguas de todos esos corchetes bellacos, y de boca en boca, traida, llevada y mal parada andará hoy por esas calles la reputación de mi hija, mi nombre y mi honor, y cada cual á su gusto hará comentarios; y como en tales casos sucede, los hechos se abultarán, se desfigurarán y llegarán á creerse lo que ni siquiera debe sospecharse. Y á todo esto la condesa encontrará motivo para excusarse, y....

Interrumpióse el caballero porque comprendió que iba á decir más de lo que le convenía, dando á conocer á su sirviente secretos que era prudente guardar, porque al fin Andrés, por leal que fuese, era al fin un villano que podía cometer toda clase de indiscreciones.

Miró el reloj.

Había llegado la hora de almorzar.

—Acuérdate, —dijo, —que estás en camino de hacer tu fortuna.

—No olvido que tengo que cumplir mi deber, y si consigo satisfacer á vuestra señoría, recompensado muy sobradamente me consideraré.

Nada más hablaban entonces.

Andrés no sabía de qué medios había de valerse para conseguir averiguar quien era el amante, pero confiaba en su fecundo ingenio. Con gran empeño debía trabajar, pues no

solamente le interesaba por la recompensa, sino que también su amor propio se había interesado en aquella intriga y estaba herido desde la noche anterior.

¿No se habían burlado de él lo mismo que del caballero?

Andrés era rencoroso y además gozaba haciendo mal.

No hay que decir que su historia no era muy limpia, pero había tenido suficiente habilidad para que se le creyese un hombre honrado, sin otra mancha que la de algunas travesuras propias de la juventud.

En cuanto al comendador, debemos decir que no se contentaría con conocer al amante y evitar que fuese anulado por su hija.

No, el caballero no podía perdonar la burla de la noche anterior, y también necesitaba dar satisfacción a su amor propio herido.

Se ha equivocado el lector si ha creído que los únicos defectos del anciano eran solamente su exagerada severidad y su desmedido orgullo de raza.

(Se continuará.)

Nuevos datos sobre la pérdida del vapor «Guadaira» (1).

De una carta que escribe el joven piloto del citado vapor, don Enrique David, a su hermano, tomamos los siguientes pormenores en los cuales encontramos algunos pormenores que no habíamos leído en ninguna de las reseñas que con motivo de tan terrible siniestro nos habían dado a conocer los periódicos de Marsella:

«Describirte detalladamente, querido hermano, lo que allí pasó me es imposible; da horror nada más que en recordarlo. En dos minutos presencié escenas que aún me tienen conternado.

Momentos antes de la explosión estaba en el puente, y me mandó Gómez que fuese a firmar las listas de pasaje; y hallándome cerca de la toldilla oí un ruido, un estrépito tan extraño que no se puede explicar; el caso es que caí en ella y encima de mí el toldo que estaba puesto, y sobre el toldo el palo mayor, jarcias y fragmentos del buque. Tuvi el momento en que algún objeto me aplastara, pero tuve suerte.

Cuando quise salir de allí y no pude, creí ahogarme sin poder defenderme. Afortunadamente, gracias a un esfuerzo supremo, vencí los inconvenientes que se oponían a mi salida de aquella envoltura de cañamo, jarcias y maderas, y salí ileso. Entonces me horroricé; vi cosas que, como te he dicho antes, no se pueden explicar; entre las que más sentimiento me causaron se encuentra esta desgarradora escena que ocurrió casi a mis pies: tres pasajeras, una de ellas hermosa, de diez y nueve años, con un brazo roto, se hallaban abrazadas, llorando, envueltas en la jarcia; hice esfuerzos por librarlas y no pude, pues el buque se hundía.

Dos minutos estuvo el *Guadaira* sobre el agua después de la explosión. Yo y tres marineros tuvimos la suerte de poder desenganchar un bote y embarcarnos en él al hundirse el vapor; en el recogimos hasta trece personas, que fuimos como Dios quiso, por estar el bote en muy mal estado, tanto que se hallaba lleno de agua y tuvimos que agregarle algunas balsas de corcho al costado para que se pudiese aguantar. Nuestra situación figuraba cual sería; unos, aguantando los corchos, otros achicando con las gorras y las manos, otros a los remos. El cuadro que nos rodeaba era horroroso. ¡Cuántas voces pidiendo auxilio! ¡cuántos quejidos de los heridos! ¡Cuántas invocaciones!

Al señalarnos uno un buque de vapor que se dirigía hacia nosotros, un grito unánime alzó de todos los que estábamos en el bote; de los que sujetos a palos o balsas de corcho se hallaban en el mar. El vapor era *Le Prefere*; navegamos como pudimos hacia él; bien pronto logramos trasbordar algunos de los pasajeros y salir para buscar a otros que se hallaban en peligro.

Las escenas a bordo del buque salvado fueron indescribibles. Allí empezamos a dar cuenta de los que habían y habían encontrado su sepultura en el Mediterráneo. Allí han sucumbido nuestros amigos Gómez y Costa, el segundo maquinista, cinco fogoneros, el cocinero, marmiton, un marinero, un camarero y cuarenta personas más del pasaje.

Cuando llegamos a Marsella nos aguardaba un gentío inmenso que nos abrazaba conduciendonos en coches al consulado de España. El consul, así como el consignatario, se han portado muy bien con todos, no escatándonos ningún género de socorros.

Yo he perdido todo cuanto poseía; baste decirte que las únicas prendas con que entré en Marsella fueron la camisa, el pantalón y las botas.

Antes de terminar, te dare algunos pormenores del entierro celebrado en la tarde del 18 de un Legionero que salió gravemente herido y que pudimos recoger. Primeramente iban los trece tripulantes del *Guadaira* con la bandera española cogida de los picos; después una comisión con una bandera enlutada llevada del mismo modo; el carro fúnebre, dentro del cual iba la caja cubierta con el pabellón español; una sociedad de canto entonando himnos fúnebres; el duelo presidido por el consul, el consignatario y yo, y detrás de nosotros una manifestación de sentimiento de casi todo el pueblo marsellés; no he visto nunca más gente en una ceremonia de este género. El número de carruajes que seguían a la comitiva era extraordinario.

Regularmente iremos en el *Genil* a esas; antes no puede ser, a causa de las declaraciones que tenemos que dar en el expediente que se está formando.

En los periódicos de Marsella han publicado los tripulantes naufragos la siguiente manifestación:

«Señor redactor jefe: Permitidme recurrir a su estimable periódico para dar mil gracias, no solo en mi nombre, sino en el de los marineros de mi tripulación salvos del naufragio al señor consul de España y al monsier Eugén Haas, consignatario del *Guadaira*, por todos los cuidados y socorros que nos han prodigado en la triste y crítica posición en que nos encontrábamos.

Que reciban aquí públicamente toda nuestra gratitud y nuestro mayor reconocimiento. — El segundo del *Guadaira*, Enrique David.

Los marineros salvos, Manuel Sanchez, Joaquin Martinez, Jose Estebane, Antón Rodriguez, Diego Sanchez, Carlos Ruiz, Jesus Diaz, Manuel de Mezra, Miguel Fernandez, Manuel Gomez, Félix Fantoni, Francisco de Paz y Pascual Cueto.»

SECCION DE AMÉRICA.

NOTICIAS DE VENEZUELA.

Muerte del general Matias Salazar.

Se encuentra en nuestro poder el proceso del general Matias Salazar, que era uno de los hombres políticos de mas importancia en la república de Venezuela, y que ha muerto fusilado el día 17 de Mayo último.

Como de este triste suceso no se ha ocupado todavía la prensa, porque no ha tenido

tiempo de hacerlo así, nos apresuramos a dar la noticia con todos los detalles que es posible darla, pues repetimos que obra ya en nuestro poder el proceso publicado oficialmente e impreso en Caracas.

El general Matias Salazar, que había ocupado el puesto de segundo jefe del ejército venezolano, había sido también elevado a la segunda designatura de la federación por el voto de los plenipotenciarios reunidos en Valencia después del triunfo obtenido en Caracas por el partido liberal.

Rebelóse contra el mismo gobierno de que formaba parte, y con la ayuda de sus amigos intentó llevar a cabo una contrarrevolución, produciéndose en el país grandes trastornos.

Vencido por la fuerza de las armas, y en atención a su elevada categoría y al papel que representaba como hombre político, no se le impuso otra pena que la de destierro, y se le facilitaron veinte mil duros para que saliese del territorio venezolano.

Hízolo así; pero bien pronto, puesto de acuerdo con sus partidarios, emprendió nuevamente la lucha.

Tampoco la suerte quiso favorecerlo entonces, pues los suyos lo abandonaron, mientras que el ejército permaneció fiel al gobierno constituido y presidido por Guzman Blanco.

Terminada así la lucha, y antes de que las autoridades adoptasen ninguna resolución, el ejército, que acampaba en Tinaquillo, dirigió al presidente de la república, con fecha 12 de Mayo, una exposición, pidiendo que Matias Salazar fuese degradado y pasado por las armas.

Fundábanse en que el general rebelde no debía ser considerado solamente como un delincuente político, sino como reo de alta traición, pues además de sus empleos militares era vicepresidente de la república. Añadían los exponentes, que abusando de estas circunstancias Matias Salazar pudo prolongar la lucha que ha costado tanta sangre y que ha producido tantos trastornos.

Reconocían que el presidente había hecho bien al perdonar al rebelde, evitando así muchas complicaciones políticas; pero que esta misma generosidad hacía doblemente grave la repetición del delito.

Mencionaban los exponentes la serie de abusos cometidos por Matias Salazar, y lo calificaban con la mayor dureza.

Todos los individuos del ejército firmaban la petición, según consta en el proceso.

En vista de la misma, el presidente expidió el día 14 el siguiente decreto:

«*Ciudadanos generales José Ignacio Pulido, ministro de Guerra, y Leon Colina, jefe de estado mayor general.*

Los jefes y oficiales del ejército me piden el enjuiciamiento y castigo del general Matias Salazar; y como por otra parte los problemas que su defección entraña ante la inocuidad, la paz futura de la república, no puedo resolverlos sino con el consenso de los hombres que vienen compartiendo conmigo las responsabilidades de la revolución de Abril, he resuelto que procedan ustedes a convocar todos los generales en jefe presentes hoy en el cuartel general para que, constituidos en gran tribunal, conozcan y decidan causa tan extraordinaria como trascendental.

Acompañó a ustedes la representación firmada por todos los jefes y oficiales del ejército, y mi orden general del día de hoy. Aquella no debe ser vista por el tribunal sino como un denuncia ó acusación.

Sentenciado que sea el acusado, debe serme remitido el proceso para mi definitiva determinación.

Dios y Federación. — Firmado. — GUZMAN BLANCO.

En cumplimiento de esta disposición, reunieron el día 15 en Tinaquillo los generales José Ignacio Pulido, ministro de Guerra y Marina en campaña, y Leon Colina, jefe

(1) De *El Correo de Andalucía*, de Málaga.

de estado mayor general, con los generales Julian Castro, Juan Bautista García, Venancio Pulgar, Francisco Linares Alcántara, Miguel Gil, Rafael Petit, Jesús María Lugo, Escolástico Naranjo, G. Jorge Hinter, José María Arrecocchen, Ramon María Orán, Juan Antonio Machado, Juan Eusebio Colmenares, Fermín Montagne, Miguel Antonio Rojas, Narciso Rangel, Gabino Izaguirre, José Tomás Valles, Manuel González, Antolín Lugo y Pedro Bermudez Cousin, los cuales se constituyeron en gran tribunal para ver y fallar la causa contra el general Salazar.

Fué elegido secretario el general Pedro Bermudez Cousin, y se dió principio á las actuaciones.

El acusado fué conducido ante el tribunal y se le mandó que explicase su conducta, recordándole ántes todos los pasados sucesos.

Dijo el acusado, que halagado por un amigo, y creyendo que el partido liberal le seguiría, vino á Venezuela á hacer la guerra, pero que no encontró sino doscientos liberales que le proclamasen, y se unió con Ceferino González y Regino Castillo; que á pesar de que sus fuerzas se aumentaron con el combate del Salto, los mismos liberales que le acompañaban se le iban, y la tropa toda se le disminuía considerablemente, por lo que trató de probar fortuna, dando dos batallas para regresar á Arauca en unión de sus sobrinos, en el caso de perderlas, ó para seguir la guerra si las ganaba.

Segun la copia autorizada del proceso que tenemos á la vista, el interrogatorio siguió así:

«Excitado el reo á dar explicaciones sobre sus relaciones y compromisos con la minoría vencida inmediatamente despues del triunfo de Caracas, y cuando aún no había terminado la guerra, proviniendo de ahí su alzamiento con el ejército de su mando en Valencia el 20 de Mayo del año próximo pasado, casi al frente del enemigo, y no obstante tener el triple carácter de segundo jefe del ejército, segundo designado de la república y presidente de Carabobo, dijo: Que él no tuvo compromisos con los enemigos inmediatamente despues del triunfo de la revolución en Caracas; y en cuanto al alzamiento de Valencia, se confesó muy culpable expresándose así:

«Realmente en ese alzamiento, como en todo lo demás que despues ha ocurrido, he delinquido contra el partido liberal y contra el general Guzman Blanco, á quien debo mucho, por lo cual acepto cualquier castigo que se me imponga, por más fuerte que sea.»

Los ciudadanos presidentes pidieron tambien explicaciones al general Salazar sobre su salida voluntaria del país, bajo los más solemnes compromisos y juramentos con el gobierno nacional, que le facilitó todos los recursos que exigió para llevar á cabo aquella, compromisos y juramentos que nunca tuvo ánimo de cumplir, porque tan luego como se ausentó de Venezuela formó alianza con los enemigos del gobierno, apareciendo, con algunos de éstos, en las fronteras del Táchira á incorporarse á los que se hallaban en armas en Trujillo, que felizmente acababan de ser vencidos por el general Pulgar, por lo que siguió entonces á reunirse con los que estaban por el Apure; y habiéndolos hallado tambien derrotados por el ejército nacional, á las órdenes del general Guzman Blanco, recogió los últimos restos para invadir, como invadió con ellos, los estados del Portuguesa, Yaracuy y Carabobo.

A esto contestó el general Salazar ser cierto haber seguido ese itinerario en unión de algunos enemigos del partido liberal que quisieron acompañarle en el plan de seguir haciendo la guerra.

Despues de hacerle otros cargos y preguntas, se le excitó á manifestar enanto creyese conveniente para su justificación, y dijo: «Que el doctor Felipe Larrazabal era quien lo ha-

bía perdido, porque lo creía y le oía todo, pareciéndole un hombre inteligente y un gran orador: que por eso, habiendo resuelto irse á vivir á Nueva Granada y no desembarcar en Venezuela en són de guerra, Larrazabal le había hecho lanzar, diciéndole que tres amigos le ofrecían un gran parque para que viniese á hacer la guerra á la dictadura Guzman Blanco; y respecto á los enemigos de la causa liberal, dijo que había sorprendido una carta de José Leandro Martínez á Ceferino González, recomendándole la necesidad que había por ahora de reconocerle como jefe, esto es, á Salazar, á reserva de salir de él más tarde, lo que ya le había hecho conocer la mala fe con que procedían.»

Terminado así el interrogatorio, reconoció Matias Salazar los documentos que se habían encontrado en su poder, y que representaban algunos valores.

Inmediatamente deliberó el tribunal, conviniéndose por unanimidad de votos que al general Matias Salazar se le impusiera la pena de degradación y muerte, llevándose á efecto una y otra en presencia del ejército, y previa la concesión al reo de veinticuatro horas para prepararse material y espiritualmente.

Para la imposición de tan severas penas en un juicio breve y verbal, segun del proceso resulta, se ha considerado que en la conciencia general del país Matias Salazar ha incurrido en el crimen de alta traición contra el ejército, en que figuraba como segundo jefe; que este delito no puede confundirse con las insurrecciones, alzamientos ó conspiraciones contra los gobiernos, ni con ninguno de los hechos comunes que por los principios reconocidos, predicados y defendidos por el partido liberal, nunca traen sobre los culpables la pérdida de la vida, y que existen en el ejército y en toda la república el íntimo convencimiento de que mientras exista Salazar se llevará una vida de constantes perturbaciones y desastres de todo género, causados por cuadrillas sin reglas, ni bandera, ni principios.

Remitida la causa al presidente, éste aprobó la sentencia, disponiendo que se respetasen todos los documentos, valores é intereses de Matias Salazar para que dispusiese de ellos como mejor le pareciese.

El día 17 se formó el ejército en orden de parada en las afueras de Tinaquillo, y á las doce fué sacado el reo de su prisión y fusilado por la escolta á quien había cabido la suerte de ejecutar la sentencia.

Luego desfiló el ejército delante del cadáver, y colocado éste en el ataúd recibió sepultura eclesiástica.

El reo fué auxiliado espiritualmente por los sacerdotes Gaspar Ibañez, cura de la parroquia de Tinaquillo, y el doctor Octaviano González.

Así ha terminado la sangrienta lucha de los dos partidos que se disputaban el poder. ¡Quiera Dios que los venezolanos disfruten ahora de la paz y prosperidad que merecen!

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

TERCERA PARTE.

(Continuación.)

En aquel momento, los chicos que estaban delante del *Nacimiento* cantaban en coro:

La Virgen va caminando
por una montaña oscura,
ha saltado una perdiz
y se ha espantado la mula.

Un estrépito espantoso de panderetas y zambombas siguió al último eco del canto.

—Esos diablillos no nos van á dejar que cenemos tranquilamente,—exclamó con filosófica resignación don Cándido de los Ríos.

De pronto, la voz clara y trasparente de un niño, sola, lastimera y triste, entonó la siguiente copla:

Madro, en la puerta hay un niño
más hermoso que un lucero,
sin duda que tiene frío
porque el niño viene en cueros.

Entonces otra voz de niña, fingiéndose gangosa, pero llena de gracia y de ternura, respondió de este modo al primer canto:

Pues dile que suba
se calentará,
porque en este pueblo
ya no hay caridad.

A esta última palabra, el coro general de chicos y chicas entonó el siguiente estribillo:

Ni nunca la ha habido
ni nunca la habrá.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó á su vez la mujer de don Cándido,—nos van á volver locos con ese griterío. ¿No pudieran enmudecer por algunos instantes?

—Señora,—contestó Pedro,—esta noche es Nochebuena y es la noche de los niños. Dejados que canten como nosotros cantábamos cuando éramos muchachos. Además, es cosa muy buena lo que dicen. Créalo usted; cuando oigo esas voces puras y ese idioma del corazón, siento una cosa que no me lo sé explicar. Pero ahora continúa el canto, escuche usted.

En efecto, la primera voz del niño volvióse á oír continuando el tierno romance. Decía así:

Entra el niño y se calienta,
y despues de calentado,
la patrona le pregunta
en qué pueblo se ha criado.

Y respondió el niño:

—Yo soy de Belén,
mi Padre es del cielo,
mi Madre es tambien.

Otra nueva algazara de voces repitió los dos últimos versos de este estribillo, hasta que la voz de la niña cantó lo siguiente:

Hacedle la cama al niño
con blandura y con primor.
—Señora, no quiero cama,
que mi cama es un rincón.
Tat lo quiso el cielo
desde que nació;
hasta que en Cruz muera
ha de ser así.

—Ha de ser así.

Respondió el coro de muchachos con un estrépito infernal.

La voz del cantor volvió en seguida á resonar:

Al amanecer la aurora
el niño se levantó,
y le dijo á la patrona
que se quedara con Dios.
—No te vayas, niño,
que nevando está,
y con tanto frío
te puedes helar.

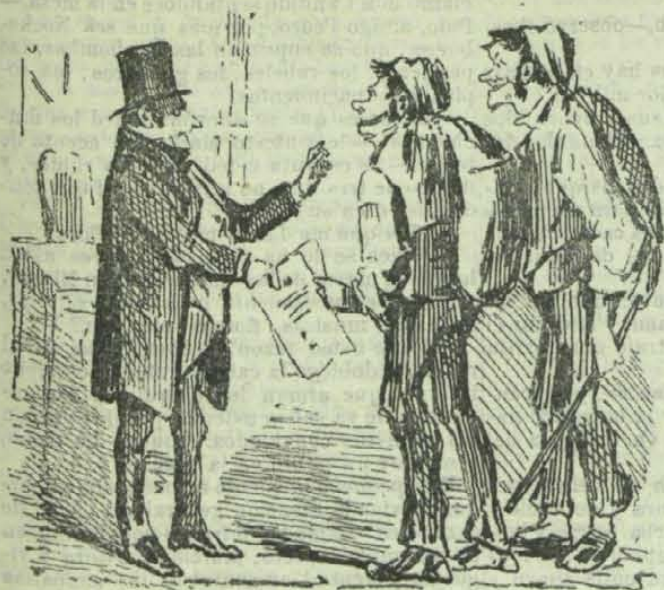
Entonces el coro general, con más esfuerzo que nunca, repitió heroicamente el estribillo, no sin añadir lo siguiente:

Anda con Dios, niño,
con Dios ando ya,
que tu boca exhala
perfume sin par.
Perlas y rubies
en tu rostro están,
bellos querubines
cercándole van.
Adios, Niño mío,
adios, tú quedad (1).

—¡Este es el fin del mundo!—exclamó don

(1) De los numerosos cantos, hijos de la imaginación del pueblo, que han brotado, por decirlo así, del profundo sentimiento religioso que le domina, hemos escogido como muestra el que dejamos consignado para que se vea cuánta fe, cuánta poesía y cuánta ternura encierra.

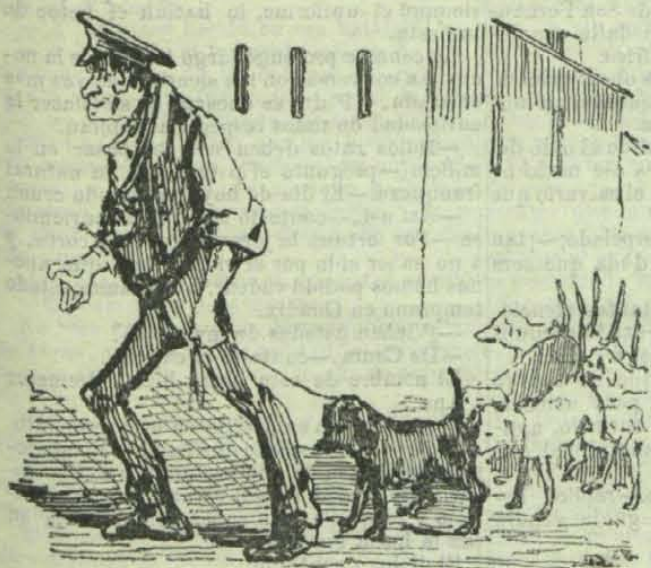
PRAGMATICA CONTRA LOS PERROS.



— Quedan ustedes nombrados individuos del Cuerpo especial de Atrapaperros; ahí van las credenciales.



— Ha leído usted el bando?
— Calle usted, señora, es una picardía; mi Lindoro no puede sufrir el bozal, por eso le llevo en brazos. ¡Hijo de mis entrañas!



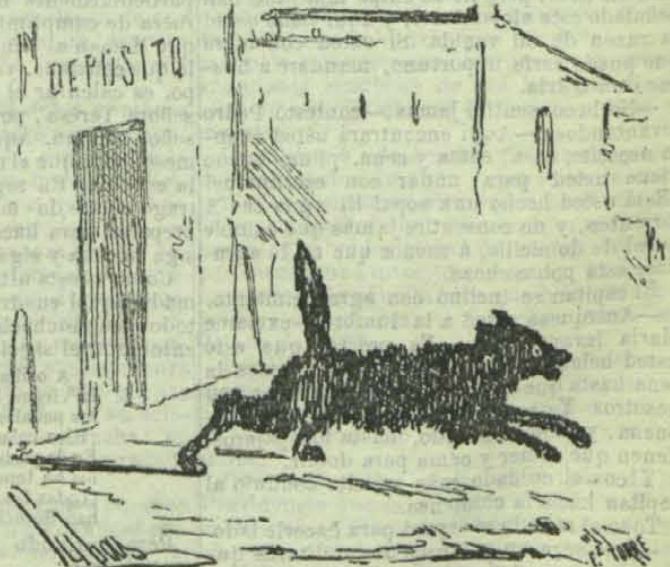
Procedimiento ingenioso, fundado en el erotismo, para atrapar un centenar de perros a la vez.



— Te advierto que si sigues empujándome la escalera me voy a ganar contigo cincuenta céntimos de peseta.



— Muerto, qué horror! Hemos llegado tarde.
— Falleció de madrugada, sin duda de pesadumbre, porque aquí se les da buen trato á razón de cuatro reales.



UN PRÓFUGO.—¡Huyamos! El municipio trata aquí mal á los perros.

Cándido tapándose los oídos.—Esto no es Nochebuena, es un terremoto. Nos quedamos sordos sin remedio. Estos chicos se han propuesto hasta asustar al Niño-Dios con tanta algazara. Ni en el mismo portal de Belén hubo un ruido tan colosal. ¡Ya ven ustedes! apenas nos entendemos.

—Creo que han concluido de cantar,—observó María Fernández sonriéndose bondadosamente.—Lo que han cantado es una cosa muy bonita.

—¡Bonita!—contestó don Cándido;—no digo que no será todo lo bonito que usted quiera, pero la verdad es que el señor notario eclesiástico (y señaló á un caballero que tenía al lado) me estaba hablando de cosas más interesantes.

—¿Sí?—preguntó Pedro.

—Figúrese usted, hombre, figúrese usted,—añadió don Cándido.—Decía el señor notario que esta noche ha llegado una compañía de soldados.

—Es cierto,—respondió uno de los convidados;—los he visto, venían los pobres hechos una sopa. ¡Ha llovido y llueve tanto!..

—Y se sabe lo que significa esa compañía?—preguntó don Cándido con acento alarmado.—Porque á la verdad, soy amante del sosiego, y no quisiera que tuviéramos motivos de alarma. Nosotros los comerciantes debemos estar muy sobre aviso, porque figúrese usted....

—¡Hombre!—contestó Pedro á su convidado,—yo me figuro todo lo que usted quiera; pero la llegada de esos soldados no es causa para que se inquiete por tan poca cosa.

Iba á continuar la conversacion, cuando en aquel momento llamaron á la puerta.

Pedro, el vigilante amo de la casa, volvió la cabeza, miró á sus criados y exclamó:

—¡Parece que llaman! Mi puerta está abierta para todo el mundo, particularmente en esta noche. Que suba el que sea.

Al decir esto, sintióse el taconeó de unas botas en las escaleras.

Todos volvieron la cabeza para ver quién era el que venía.

XXI

El alojado.

No hubo tiempo para más.

Acababa de presentarse en la puerta de la cocina un gallardo capitán de cazadores seguido de dos asistentes.

Llevaba en la mano una boleta, y preguntando por el dueño la entregó de una manera fina y delicada.

—Dispenseme usted,—dijo,—si vengo en este instante á interrumpir la tranquilidad de esta casa, pero no es culpa mía: me han señalado este alojamiento, y aquí tiene usted la razon de mi venida. Si usted considera que puedo serle importuno, mandaré á buscar otra boleta.

—No lo consentiré jamás,—contestó Pedro levantándose.—Aquí encontrará usted cuanto necesite: casa, cama y cena. ¡Pues bueno viene usted para andar con escrúpulos! ¡Está usted hecho una sopa! El agua cae á torrentes, y no consentire jamás que cambie usted de domicilio, á menos que no le agrade esta pobre choza.

El capitán se inclinó con agradecimiento.

—Acerquese usted á la lumbre,—exclamó María levantándose.—Es preciso que esté usted helado. Desde luego suspendemos la cena hasta que se sienta usted á la mesa con nosotros. Ya ve usted, esta noche es Nochebuena, y todo el mundo, hasta los pajaros, tienen que comer y cama para dormir.

Y con el cuidado más solícito condujo al capitán hacia la chimenea.

Todo el mundo se separó para hacerle lado.

—Que se acerquen esos dos militares que vienen con usted,—prosiguió María.—¡Pobrecitos, y cuantos trabajos y cuántas penalidades sufren!

—Sí, que se acerquen,—añadió Pedro lla-

mándolos.—Yo haré que mis criados suban el equipaje.

—Es que tengo un caballo,—observó el capitán.

—Gracias á Dios, cuerdas hay en la casa para el. Descuide usted, señor militar.

Y dando inmediatamente sus órdenes, dos criados partieron solícitos para llenar los deseos de Pedro.

Como era consiguiente, todos los que estaban en la mesa se levantaron para acercarse al oficial, el cual se presentaba cada vez más agradecido con las atenciones de aquellas gentes.

El fuego se avivó de nuevo; uno de los asistentes se acercó á su amo y le quitó el poncho, mientras el otro le trajo una gorrita blanca con visera plana.

En aquellos primeros instantes, y preocupados todos por el interés y la novedad, nadie había fijado su atencion en la figura del capitán.

Era este un gallardo jóven de veinticinco años, alto, de elegante figura y de noble y marcial continente. Una barba negra y lustrosa cubría parte de su semblante. Sus ojos eran claros y luminosos, su éntis suave y fino á pesar de estar curtido por el sol y por la intemperie. Ceñía á su cuerpo una levita militar, llevando en la manga los galones de oro y las tres estrellas de su empleo. Sobre el pecho ostentaba dos cruces de San Fernando y la cruz de plata con la medalla conmemorativa de la campaña de Africa.

Para todos aquellos pacíficos observadores, las cruces y la apostura del capitán eran motivos de admiración y sorpresa.

—¿Qué tal,—decía don Cándido al oído del notario eclesiástico.—lo que es ese mozo no debe ser cobarde. Ya ve usted el calvario que lleva en el pecho.

—En efecto,—replicó el interpelado;—tan jóven y ya capitán! No cabe duda que será un valiente.

Mientras tanto, el héroe de tantas atenciones, después de haberse calentado algunos instantes, exclamó dirigiéndose á Pedro:

—Pero por Dios, señores, que no sea yo, motivo de tanta incomodidad para ustedes. Siento que mi presencia haya turbado, aunque sea por momentos, la tranquilidad que hace poco disfrutaban.

—No piense usted en eso,—replicó Pedro;—calientese bien, y en seguida vendrá usted á la mesa con nosotros.

—Gracias.

—¿Qué gracias ni qué calabazas! Cenará usted lo que Dios nos de. En mi casa, señor capitán, cabe todo el mundo, y esta noche particularmente mucho más. Conque así, fuera de cumplimientos: yo soy de aquellos que llaman al pan pan y al vino vino. Ahora lo que conviene, ya que ha templado el cuerpo, es calentar el estómago. Vamos á ver, señora Teresa, ponga usted un cubierto al señor capitán. Aquí, hacia esta parte de la mesa, para que el calor de la lumbre le de por la espalda. En seguida sirva usted un buen trago á esos dos muchachos; bueno es que se preparen para hacer ganas de comer. Conque siga la cena y siga la alegría.

Como si esta última palabra hubiera reanimado aquel cuadro tan lleno de animación, todos los muchachos y muchachas de la sala entonaron el siguiente villancico:

A orilla de una fuente,
la Virgen lava
los pañales del Niño.
¡Rica colada!
En la yerba del campo
los ha tendido.
¡Todas las madreselvas
han florecido!

Pero variando repentinamente de tono, continuaron:

Dijo Melchor,
que lo suban, lo suban, lo bajen,
lo bajen, lo suban
del camarachón.

—Ya principia de nuevo el terremoto,—exclamó don Cándido sentándose en la mesa.—Pido, amigo Pedro, por más que sea Nochebuena, que se supriman las zambombas, las panderas, los rabeles, los guitarreros, las coplas y los nacimientos.

—Mejor es que se suprima usted los muchachos,—le contestó María con acento de burla.—Se espanta usted de estos ruidos, y dentro de tres días no será malo el que tendrá usted en su casa.

—¿Por qué me dice usted eso, señora?

—¿Pues se le ha olvidado que es usted hermano mayor de las animas de San Miguel, y que por consiguiente labrá balles, rifas, apuestas, músicas, floreos, etc., etc.?

—Tiene usted razon, señora, tiene usted razon, y doblego la cabeza ante ese estrépito infernal que arman los chiquillos. Por supuesto que ya saben ustedes que siempre son los primeros convidados. Conque he dicho, y me doy un punto en la boca.

Este pequeño incidente no pudo, sin embargo, desviar la atencion general del oficial de cazadores. Todas las miradas convergían en él. Su noble aspecto, marcial apostura y vigorosa juventud aumentaban las simpatías que inspiraba. Su conversacion era amena, fácil, elegante é instructiva; sus modales no podían ser ni más escogidos ni más delicados; y todo esto reunido al prestigio que da siempre el uniforme, lo hacían el héroe de la fiesta.

La cena se prolongó largo tiempo de la noche. La conversacion iba siendo cada vez más animada, y Pedro se encargó de satisfacer la curiosidad de todos respecto al capitán.

—Malos ratos deben ustedes pasar en la milicia,—preguntó el capitán con su natural franqueza.—El día de hoy habrá sido cruel.

—Así así,—contestó el capitán sonriendo.—Por fortuna la jornada ha sido corta, y á no haber sido por el río Farfies, que apenas hemos podido vadear, hubiéramos estado temprano en Guadix.

—¿Vienen ustedes de muy lejos?

—De Ceuta,—contestó el capitán.

El nombre de esta plaza hizo estremecer á Ana.

Porque fuerza es decirlo en este momento. Ana, desde el instante que había visto al alojado, había tenido una profunda y extraordinaria inquietud en su corazón. Quería mirarlo y no podía. Sin saber cómo, hasta su voz la hacía temblar.

El diálogo continuó:

—¿De Ceuta!—exclamó Pedro.—Es decir, de Africa?

—Si señor, la fuerza que me acompaña son todos los heridos que han sido de alba en los hospitales de Tetuan y la plaza nombrada. Hoy regresamos á España, y vamos á incorporarnos á nuestro cuerpo, que está de garranición en Valencia.

—¿Y es usted acaso uno de los heridos?—preguntó Pedro.

—También,—contestó el capitán modestamente.—Puedo decir que he estado siete meses entre la muerte y la vida.

Un ademán de compasion general se extendió por la concurrencia. En aquel capitán veían todos, además de un héroe, un valiente que había derramado su sangre en la gloriosa campaña de Africa.

Ana levantó los ojos, pero los volvió á bajar con rapidez.

—Bien se conoce,—observó Pedro,—lo mucho que habrá usted luchado y sufrido cuando tiene usted el pecho cubierto de tan honorosas distinciones.

—He cumplido tan sólo con mi deber,—contestó el capitán.—En Africa era preciso hacer más de lo que se podía. El último de los soldados ha hecho más que yo. He visto morir allí á hombres atacados del cólera en medio de una accion, no queriendo retirarse del campo por no perder la gloria de la jornada.

Una exclamación general fué la contestación de todo.

Ana se sentía dominada poco á poco por aquellos recuerdos. Aquel alojado de tan noble como de gentil continente le traía sin cesar á la memoria el eco de un bien perdido de una esperanza extinguida. ¿Y cuándo? En el momento mismo en que se hallaba dispuesta á entregar á otro hombre su corazón y su alma.

Pálida y conmovida, sin atreverse apenas á levantar la mirada, no perdía sin embargo el más ligero detalle de la conversación, la cual iba despertando en ella todas las penzadas del dolor y todos los gritos del remordimiento.

Pero si Rafael había muerto, ¿por qué aquella agitación? ¿Por qué la profunda y dolorosa inquietud que la dominaba?

Carlos había comprendido algo de lo que pasaba en las profundidades del corazón de Ana; pero prudente y reservado hasta lo sumo, no se dió por entendido de lo que advertía.

El diálogo continuaba mientras tanto.

—No cabe duda, —exclamó Pedro, —que se han visto hechos heroicos y admirables en esa campaña. ¿Ha asistido usted á toda ella?

—Desde el 15 de Noviembre, que se dió la primera acción, hasta el 4 de Febrero que se ganó la batalla de Tetuan, he asistido á todos los combates.

—¿Y fue usted herido en esa batalla?

—Sí señor. En el momento mismo de apoderarme de uno de los cañones del campamento marroquí, fué cuando recibí la bala que me ha tenido postrado por tanto tiempo. Verdad es que el moro que me hirió recibió allí mismo el castigo, pero yo caí entre los muertos y por muerto se me tuvo hasta que fui recogido por los hermanos de San Vicente de Paul que marchaban detrás de nuestro campamento.

—¿Y cuál era el cuerpo en que usted servía?

—En cazadores de Alcañara.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un apagado grito, grito que parecía arrancado del alma, resonó de repente en torno de la mesa.

Todos volvieron la cabeza, y entonces echaron de ver que Ana se había desmayado.

Al mismo tiempo, una mirada profunda, negra y sombría, se escapó de los ojos del capitán.

Miró por vez primera á Ana, y una sonrisa de venganza se dibujó en sus labios.

(Se continuará.)

TIPOS SOCIALES.

LOS TIMIDOS.

No recuerdo con seguridad si es de Sócrates una hermosa respuesta. Llamando á algunos desocupados la atención del filósofo sobre un joven que se ruborizaba extraordinariamente por la menor cosa, díjole con dulzura:

—Deja á ese joven, no le incomodes por que el color de la virtud le salga al rostro.

No puede darse al rubor un nombre más expresivo, una calificación más grada; o, estrictamente, el color de la virtud es el reflejo de una conciencia viva y fecunda, es la armonía suave de los sentimientos más íntimos traduciéndose en colores.

Desconfianza de todo aquel á quien nunca hayas visto ruborizarse; alejaos con prevención de toda persona cuyo rostro no sea susceptible de adquirir sonrosadas tintas cuando una voz interior le reconvena ó temores de delicadeza le asalten, ó la modestia le turbe, porque estos sentimientos resbalarán por la superficie de su corazón sin entrar en él.

Quien no es susceptible de ruborizarse no es susceptible de abrigar más pasiones vehementes que las que emanan de la perversidad.

Detrás del rubor se esconde siempre un espíritu bondadoso, tierno y algo desconfiado de sus propias fuerzas; ó por lo menos, si la educación le ha viciado, el germen de estas pasiones que se desarrollan cuando las circunstancias les son favorables.

En el rubor no siempre hay timidez, en el sentido estricto de esta palabra; pero en la vida siempre hay rubor.

Un hombre tímido se ruboriza porque teme no se atreva; un hombre energético se atreve á todo lo que su voluntad le aconseja, aunque le asome al rostro el color de la virtud.

Yo he notado esta diferencia en multitud de veces, y es necesario para comprenderla bien haber vivido algún tiempo en las pequeñas poblaciones.

Los que hayan visto en los salones de la alta sociedad algún joven encogido que no se mueve de un rincón temiendo que la atención se fije en él y lo comparen con uno de esos señoritos de pueblo que plantan, como suele decirse, una fresca al lucero del Alba poniéndose al mismo tiempo mas encarnado que una amapola, no serán seguramente los que me desmentan.

Nadie como el *timido* es incomparable novelista cuya pérdida lloran aun los amantes de la literatura, nadie como Alejandro Dumas, padre, ha dibujado el tipo del hombre tímido. En *El inglés corto de genio* habrá quien crea hallar inverosimilitud, exageración, y sin embargo es un tipo verdadero. Podrá ser exagerado, sí, mas con la misma exageración de que nos da ejemplos la Naturaleza; en cambio es tan verosímil, como que pocas serán las personas que no hayan conocido alguna copia más ó menos parecida.

El hombre tímido es el más feliz ó el más desgraciado de los hombres, según los elementos que le rodeen. Su viva sensibilidad, tan asequible al dolor como á la alegría, se entrega al primero con desesperación cuando la necesidad, los consejos autorizados ó una educación falsa le impulsan por un sendero enteramente contrario á su temperamento, carácter é íntimas aspiraciones. La lucha que traban dentro de su corazón los deseos y la impotencia es horrible; y los sufrimientos que el tímido padece en situación semejante se trasladan al que observa en la esfera práctica de la vida cuando no le hacen reír hasta las lágrimas. El tímido en este caso representa una figura tan falsa ó ridícula en la sociedad como el giboso y contrahído que pretender pasar por hombre derecho como un huso y se contentara con la satisfacción de un buen mozo. La afectación es el sello que llevan todos sus actos; y dicho se está que el mal efecto que produce, la conciencia que le escarnea y el poco ó ningún resultado de sus negociaciones cayendo sobre un espíritu demasiado sensible, han de proporcionarle tormentos incesantes.

Y no es menos profundo el dolor ni menos íntima la desesperación de este tímido cuando se aísla y recontra su espíritu en la soledad. Entonces, examinándose imparcialmente, recordando todo lo que ha hecho en público, mirándose en la sociedad con los ojos del alma de la misma manera que un extraño contempla á otro, advierte su deformidad, se critica, se vitupera con dureza excesiva, advierte lo que debió hacer en cada ocasión determinada, formula una regla de conducta para el porvenir, aunque sin esperanza de cumplirla, y á todo esto se avergüenza de sí mismo; y allí, en el fondo de su soledad, donde nadie le ve ni le escucha, su frente y sus mejillas se cubren de inusitado rubor.

El tormento del tímido que quiere obrar en el mundo como si no lo fuera, gastándose prematuramente en esta lucha, forma singular contraste con la incesante dicha y plácidez del que por fortuna vive en armonía con su naturaleza. De niño, solo altera con los de su edad, y pasa los años en infantiles juegos; de joven,

su timidez es ternura, su confusión modestia, y no hay quien no le atribuya mil cualidades amables ni le niegue sus simpatías, no obstante su proceder un tanto huraño; padres cuidadosos le dejan una modesta fortuna, que el no ambiciona aumentar, y con la cual puede vivir independiente. Por timidez permanecería siempre soltero; pero no falta quien le ahorre los primeros pasos, que son los difíciles, y lo case medio a la fuerza con una dulce criatura que le haga más agradable la vida con los gozos del hogar doméstico y las delicias de la paternidad. Como no le agitan violentas pasiones ni desea más que lo que está á su alcance, la desdénata fortuna se le muestra afable y sorridente; y de este modo, sin afanes ni dolores, llega al último escalón de una larga existencia, exento de pesares y fatiga, rodeado del cariño de los suyos y de la estimación de los extraños, que ensalzan á todas horas su bondad y honradez; así un escondido arroyuelo va por los montes y los valles en dilatado curso á perderse en el mar, que es su eternidad, sin haber tropezado nunca con la aspereza de las rocas, sino con las suaves caricias del césped y el perfume y color de las flores, que le hacen mas grato el reflejo azulado de los cielos, adonde mira con eterno afán.

El inglés corto de genio que he citado antes como exaltación de la timidez, es al mismo tiempo un modelo de infortunios, que empiezan por arrastrar inmensas carecadas y concluyen por dejar en el espíritu y entre los párpados melancólica huella. Nacido para el bien, para la sabiduría y para la modestia, nuestro pobre inglés se ve arrastrado por la fatalidad de un amor inextinguible á situaciones cuyo ridículo hace honda herida en su alma y redoblan su timidez hasta el punto de hacerle la vida insostenible.

Figúrase un joven de nacimiento humilde que dedica todo su tiempo al estudio y llega por tanto á ser un pozo de ciencia, pero sin idea ninguna de lo que es el trato social, y á consecuencia de esta ignorancia víctima de una gran timidez. Figúradlo además enamorado de una niña á quien ha visto por primera vez, y después otras muchas, encaramándose á una ventana de su colegio y contemplando desde allí los jardines donde jugaban las pequeñas pensionistas de otro colegio vecino.

Seguídle después en sus vicisitudes, en sus profundos estudios, con aquel amor econdido dentro del pecho sin esperanza alguna, hasta el momento en que la muerte de un curioso tío le deja en posesión de una inmensa fortuna. Contempladle aprendiendo la esgrima, el baile y la equitación como elementos indispensables para brillar en sociedad, siempre ruborizándose por todo, y sacando de estas lecciones tan poco fruto como abundante erudición de sus libros de ciencia y de sus gramáticas de lenguas vivas y muertas.

Ved luego á este hombre dotado de grandes cualidades de alma y gozando de una brillante posición en el mundo, haciendo un tesoro de amor de un velo verde que queda prendido entre las ramas de un árbol y que pertenece á una intrépida amazona, en quien ha reconocido aquella niña que hizo latir por primera vez su corazón, y á quien nunca ha dejado de amar.

Por último, llegad con él á la quinta donde mora su idolo; ha tenido ocasión de prestar á su hermano un verdadero servicio, y esto le pone en contacto con aquella honrada familia.

Otro cualquiera bendeciría la mano de la Providencia que así allanaba obstáculos á su cariño; mas para nuestro héroe, la Providencia se ha divertido en ponerle en grave aprieto. Sólo la fuerza de la pasión le decide á presentarse, y su aparición primera envuelve un lance grotesco. Nuestro inglés, que ha alelantado muy poco en equitación, se acerca á

caballo á la quinta; oye sonar una campana, y ocurriéndole que es la señal de la comida, que llegará cuando estén todos á la mesa, y que se verá en la precición de dar excusas por su tardanza, se aturde, espolea al caballo, que parte á la carrera, pierde los estribos y llega delante de la quinta saltando por las orejas de su cabalgadura, con gran risa de las damas que desde el balcón presenciaban aquel prodigio de destreza.

No hay para qué decir que el inglés penetró en el salón más encarnado que un tomate.

Cuando, gracias á la amabilidad del dueño de la casa, comienza á serenarse, un nuevo incidente le anonada. Va á sacar un libro de un estante, pero el libro es una tablilla pintada que cae, derriba un tintero y se mancha con el negro líquido una rica alfombra. El inglés, en medio de su turbación, quiere reparar el mal, y á pesar de las protestas del dueño de la casa, tira del pañuelo y se pone á secar con él la tinta vertida.

Luego se pasa al comedor, donde le espera una serie inmensa de desgracias. En primer lugar, un gato se ha refugiado bajo el cogen de su asiento. El gato es echado de menos, se le llama, se le busca; pero el inglés, primero que arrostrar la vergüenza de decir que lo tiene debajo, lucha silenciosamente con el animal que se revuelve, que llega hasta clavarle una zarpa, y que concluye por morir ahogado.

A todo esto, la turbación del inglés va en aumento con la presencia de su amada. Yendo á inclinarse para servir un plato, vacía sobre su persona todo el contenido del que tiene delante. Una cucharada de sopa que se mete en la boca precipitadamente le abrasa y se ve obligado á espelerla después de resistir cuanto pudo; para calmar su sufrimiento le traen un líquido que, por la torpeza de un criado, resulta ser también abrasador; el inglés siente un dolor agudísimo en la boca y se la tapa con las manos para resistir; pero el horrible líquido se abre paso por entre los dedos y salta como los hilos de un surtidor, regando la mesa, los manjares y los convidados.

Las damas han hecho prodigios de voluntad para contener la risa; pero estalla por fin homérica, espantosa, para los oídos del inglés, cuando el pobre, cuya encarnada frente y casi violadas mejillas perlaba el sudor, con intento de secarlo pasa maquinalmente el pañuelo por el rostro, aquel desgraciado pañuelo que había servido para empañar la tinta.

Aquella inmensa carejada dejóle por un momento desconcertado y boquiabierto no sabiendo á qué atribuirle; mas mirándose á un espejo que tenía enfrente, dióle éste la explicación, reflejando su honrada fisonomía con el disfraz de la tez de un abisinio.

El desgraciado inglés no tuvo ya valor para resistir más tiempo, y con la servilleta aún colgada echó á correr: atravesó el jardín, saltó la tapia y emprendió por aquellos campos una desesperada fuga, no sin que el guarda de los jardines, que vio correr un hombre desmelenado, destrozando los cuadros de flores y saltando la tapia, le disparase un tiro tomándolo por un ladrón. Afortunadamente el guarda no hizo bien la puntería.

Después de esta catástrofe, que llenó el resto de su vida de luto y amargura, el inglés estuvo enfermo, y hay que confesar que razón tuvo para estarlo.

Luego viajó, siempre turbándose, siempre ruborizándose de todo, siempre recordando con dolor á su amada Fanny, y finalmente se suicidó de un modo original: tomando parte como aficionado en la apuesta de un compatriota, y bajando con él en un barco la catarata del Niágara.

Esta especie de epopeya de la timidez no es seguramente una invención en todos sus do-

talles, y aisladamente podía citar algunos muy parecidos que han pasado ante mis ojos.

Los tímidos, seres esencialmente inofensivos, encuentran á menudo muchos favorecedores. Como á nadie hacen sombra, nadie les teme: con ellos púedese impunemente satisfacer ese prurito de protección que hormiguea en las venas de la mayor parte de los hombres, especialmente si son cortesanos.

Como el tímido se coloca voluntariamente en el último puesto; como cede á la menor presión, al menor antagonismo; como es facilísimo ahuyentarlo cuando estorba; como sus servicios y sus consejos suelen ser muy útiles, y como para amigo es inapreciable, no es extraño que se le tienda egoístamente un mano protectora. Muchos, la mayor parte de los hombres que figuran ó han figurado en el gran teatro del mundo, deben su reputación y nombre á algun tímido oscuro ó ignorado que ha ejercido cerca de su persona el papel de ninfa Egeria, que no sólo le ha aconsejado prudente y sabiamente, sino que es quien en realidad ha llevado el peso de todos los trabajos políticos, científicos ó literarios que el protector se ha dignado ostentar en público, recogiendo por ellos gran cosecha de aplausos y pesetas.

Los casos de hombres tímidos que llegan á adquirir reputación y nombre son muy contados, y generalmente deben este éxito á sus amigos, á una fortuna decidida, y en último lugar á su mérito extraordinario, que brilla con demasiada luz entre las sombras de nulidades y medianías para pasar desapercibido.

Para las mujeres, los tímidos son una verdadera calamidad; y si el mundo sólo se compusiera de tímidos corriamos el riesgo de que se trocaran los papeles como en la isla de San Balandran.

La timidez de un hombre tiene al principio para las mujeres un gran atractivo. ¡Con qué placer lo anonadan! ¡Con qué satisfacción se valen de un gesto, de una palabra, de una sonrisa para confundirlo! ¡Cómo se deleitan con el ejercicio de su imperio y hacen pesar sobre el triste enamorado su superioridad! Además de esta satisfacción de amor propio, la mujer atribuye la timidez de su adorador al exceso de pasión que experimenta por ella, y esto no puede dejar de lisonjearle.

Mas pasa el tiempo, la mujer conoce que se pasa, alienta los deseos del tímido; ve que de nada sirve, y llega hasta dar significativos avances, que en vez de alentar al tímido le espantan. La pobre mujer, que ha hecho cuanto digna y decorosamente está en su mano, se entrega entonces á un ciego despecho, y á veces hasta se cambia en odio la simpatía que su adorador la inspirara.

De aquí resulta que una timidez prudente, y por decirlo así reflexiva, es muy conveniente para los galanteadores, así como la timidez exagerada es en extremo perjudicial. La mujer no quiere conquistar más que los corazones sin otras armas que sus naturales encantos; por lo demás, gustale resistir, defenderse y ser, como quien dice, ganada á viva fuerza.

En resumidas cuentas, la timidez es uno de los mayores escollos con que puede tropezar el que tiene que debérselo todo á sí mismo, y pocas, poquimas veces logrará salvarlo con felicidad.

En cuanto al exterior, el tímido apenas se diferencia del osado, y hasta se llega á confundirlos por la propensión que los hombres tienen á parecer lo que no son, de tal manera, que el tímido si es joven y elegante suele tomar las apariencias del calavera atrevido. Pero si queréis comprobar su timidez, no tenéis más que dirigirle la palabra.

EL MARQUÉS DE SAN ELOY.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

¿Será verdad?

Cuando se consigue lo que mucho tiempo se desea nos hace dudar, y esto nos sucede ahora en cuanto á la rebelion carlista.

Parece que la lucha toca á su fin, y para que este resultado sea doblemente lisonjero, no es consecuencia de choques terribles, de luchas encarnizadas ni de concesiones humillantes para el gobierno.

Los encuentros habidos con la faccion han sido de poquísima importancia, y sin embargo, las partidas se disuelven y son muchos los que se presentan acogiéndose á indulto.

Casi puede decirse que en el territorio navarro ha concluido la sublevación, y en las Provincias Vascongadas es escaso el número de partidas, y de estas no hay ninguna que merezca ser tomada en consideración.

Los principales jefes desaparecieron, y en su mayor parte han atravesado la frontera.

Los pueblos, fatigados y desengañados, no prestan apoyo á la faccion.

¿Cómo ha podido obtenerse este resultado?

Preciso será reconocer algun mérito al general en jefe.

Asegúrase que don Carlos no se atreverá á penetrar otra vez en territorio español, y aun se dice que las autoridades francesas le han mandado terminantemente alejarse de los Pirineos.

Se supone que el Pretendiente volverá á su casa de Ginebra, donde debe llorar sus extravíos y ocultar la vergüenza de su miedo pueril.

¿No conocen todavía á su ídolo los partidarios de la tiranía?

Millares de hombres honrados y valerosos, poseídos de un entusiasmo digno de mejor causa, han sacrificado la existencia, dejando en triste orfandad á sus familias, y ahora el Pretendiente se retira á su suntuosa morada para pasar una vida cómoda, sin que la lucha le haya costado más que algunos millones que ninguna falta le hacen, y una enfermedad producida por el miedo de que se sintió poseído al oír silbar algunas balas en Oroquieta.

¿No había jurado el Pretendiente reconquistar el trono de sus abuelos ó morir luchando en territorio español?

Bien dice el refrán que del dicho al hecho hay gran trecho.

No nos equivocamos cuando en los primeros días de la rebelion dijimos que el absolutismo podría triunfar, porque en política no hay nada imposible, pero que si era imposible que triunfase don Carlos de Borbon.

Podrá levantarse mañana un hombre que todo lo domine, pero ese hombre no ha de ser el que en Oroquieta huyó poseído de espanto.

En Cataluña parece la situación más grave, aunque tambien ha perdido una gran parte de la importancia que tenia.

El suceso culminante allí ha sido la entrada en Reus del cabecilla Francesch.

Había éste pertenecido al cuerpo de ingenieros, y en la guerra de Africa fué herido y quedó inútil.

Muchas pruebas habia dado de clara inteligencia y de valor, y en esta ocasion ha dado una más.

Su partida se componia de seiscientos hombres.

Hábilmente llamó la atención de las columnas del ejército hacia el punto donde le convenia, y después verificó rápidamente una contramarcha.

En despoblado detuvo un tren de pasajeros

que á Reus se dirigía. Hizo que los viajeros se apeasen, y su partida ocupó el tren después de inutilizar el telégrafo.

Así pudieron llegar á la estación de Reus sin ningún inconveniente.

En seguida se dirigieron al cuartel que ocupa el regimiento caballería de Bailén.

Ya eran las seis de la tarde.

La lucha se trabó con encarnizamiento.

Los habitantes de la población, aturridos por la sorpresa, encerráronse en sus casas.

El bravo coronel Soria, á la cabeza de sus soldados, atacó á los carlistas, siendo poco después ayudado por los vecinos de ideas liberales.

El desgraciado Francesch hizo prodigios de valor.

En los primeros momentos debieron creerse derrotados los soldados de Bailén; pero no se desalentaron, sino que continuaron la lucha con más ardor.

La sangre corría, eran ya muchos los que habían perdido la existencia ó estaban gravemente heridos; pero ciegos por la ira, ni unos ni otros cedían un palmo de terreno.

El señor Francesch estaba también herido.

El regimiento de Bailén, siempre ayudado por los vecinos de la población, hizo el último esfuerzo.

Ya no era cuestión de cumplir el deber, sino caso de honra, y todos estaban firmemente resueltos á vencer ó morir.

El coronel Soria fué herido en un muslo.

Por fin los carlistas tuvieron que declararse vencidos y abandonaron la población, dejando en poder de las tropas algunos prisioneros, entre ellos el señor Francesch.

Las heridas de éste eran tan graves que han puesto fin á su existencia, á pesar de que se ha hecho cuanto es imaginable para salvarlo.

De todo corazón deploramos esta desgracia, porque el señor Francesch, por su inteligencia y su valor, era digno de mejor suerte.

Cuatro batallones había pedido de refuerzo el capitán general de Cataluña, asegurando que con esto bastaba para poner término á la insurrección en un breve plazo; pero el gobierno, en vez de cuatro batallones, ha determinado enviarle ocho.

Sobre esta determinación pudiéramos hacer muchas suposiciones, pues se dice que la sublevación carlista no es lo más temible en Cataluña.

De cualquiera manera, aplaudimos que el gobierno atienda tan cuidadosamente al reposo público, pues lo mismo que hemos condenado y deplorado la perturbación producida por los partidarios de don Carlos, condenaremos y deploraremos cualquiera otra.

Ante todo necesitamos paz, porque sin ésta no es posible que se desenvuelvan los grandes intereses de que depende el bienestar del país.

Con objeto de dirigir las operaciones de las tropas, había salido de Vitoria el general en jefe.

Se tenía noticia de la disolución de la partida que mandaba Martínez.

Entre los presentados se cuentan el cabecilla Urriaza, dos jefes, algunos oficiales y el cura de Barasoain don Rufino Olo.

También la partida Valderrama se ha disuelto, entregándose muchos de sus individuos.

Ya se ha principiado la recomposición de la vía férrea desde Izarra y Bilbao y del puente de Luchando, donde se encuentra la brigada Zorrilla para proteger estos trabajos.

En Lerín se ha presentado solicitando indulto el capellán de la facción Carasa, y en Uterga un cabecilla.

Los restos de las partidas levantadas en la provincia de Cáceres continúan perseguidos.

Sigue diseminándose la facción Bermudez. La de Corcho, muy reducida, huye de las columnas.

En Villanueva de Alcolea, provincia de Castellón, entró una partida de diez hombres; pero éstos no debían llevar más objeto que el de cometer un crimen, asesinando á un vecino liberal, como lo hicieron, y recogieron alguna armas. Después se dirigieron á Villafamés, y son perseguidos por fuerzas de la guardia civil.

Los cabecillas Carasa, Aguirre, Peralta, Iribas, Lizarraga y otros han sido internados hacia Bayona desde los Alduides.

La facción Velasco, compuesta de unos ciento cincuenta individuos, se encontraba últimamente por la parte de Ochandiano. Esta partida es la única que en las Provincias Vascongadas cuenta con tantos individuos, pues las demás no pasan de diez ó doce.

De Cataluña no hay noticias de ningún nuevo encuentro.

El cónsul de Bayona participa que la policía francesa ha preso á varios carlistas, encerrándolos en la ciudadela, y se han dado las órdenes para que inmediatamente sean internados.

En cuanto á la partida mandada por Belver en la provincia de Ciudad-Real, ha tenido que retroceder desde Arrola á la Puebla de Don Rodrigo, á causa de la activa persecución de que es objeto.

Las facciones de Vazquez y Bermudez, que operan en el mismo territorio, han sufrido algunos descalabros, y desertan muchos de sus individuos.

Una nueva partida de treinta á cuarenta hombres ha aparecido en la provincia de Castellón de la Plana, y otra cerca de Astorga, compuesta de unos sesenta hombres.

La mandada por los Hierros se ha corrido hacia la provincia de Burgos.

El general Moriones se dirigía últimamente á Zumarraga.

Por el interés que encierran, tomamos las siguientes noticias de los periódicos de Bilbao y Pamplona, *El Irurac-Bat* y *El Euzkara*.

«Uno de los encuentros de que ayer habíamos ocurrido con la facción de Aspe y Goiriena, que fué batida en la tarde del 28 en los montes de Ceberio por el regimiento del Príncipe, al mando del coronel Miranda, causándola cinco muertos y entorce heridos. Los facciosos se fraccionaron después de su derrota en varios grupos.

La partida que componen la gente de Aspe, Goiriena y alguna también, según se dice, de la de Velasco, parece se ha corrido hacia las Encartaciones.

Se asegura, pero no sabemos qué haya de verdad, que Velasco marchó á Francia para asistir á la junta que allí han celebrado los jefes carlistas.

El regimiento del Príncipe es esperado hoy por la mañana en esta villa.

Ayer tarde salieron dos compañías de Cuenca y una de la guardia foral, por haberse avisado se veían grupos que se creían facciosos en Ollargan; esta fuerza encontró efectivamente mucha gente reunida en aquel monte, pero entretenida con una lucha de carneros.

Ayer por la mañana llegó á esta villa el regimiento infantería del Príncipe, uno de cuyos batallones salió por la tarde en dirección á Vitoria, según oímos.

El coronel Ansótegui se hallaba ayer por la parte de Yurre.

Sobre la vía férrea se han escalonado algunas fuerzas y los trabajos de reparación comenzaron ayer, saliendo al efecto de esta villa varios trenes con operarios y materiales.

La facción de Goiriena y de Aspe, ciento sesenta hombres en junto, se encontraba ayer en Gorben.

Hace días que nada sabemos de Velasco y la poca gente que le quedaba.

La mayor parte de los mozos que el jesuita Goiriena se llevó por fuerza de Rigotia y otros pueblos de la comarca de Guernica han desertado estos días volviendo á sus casas

con armas. Repetimos lo que antes de ahora hemos dicho. Es preciso darse prisa por recogerlas antes de que lo haga el cura plagario ó algún otro. No habiendo armas no hay facciosos.

Anteayer fué secuestrado por la partida que manda Aspe nuestro amigo el alcalde de Villaro don Tomás Ingunza.—(*El Irurac-Bat*.)

«Ayer á las diez de la noche llegó á esta ciudad el capitán general del distrito señor Moriones. Como en la población se ignoraba su venida, no salieron más que las autoridades militares á recibirle. Pero tan pronto como se tuvo noticia de la llegada del general se presentó un piquete de Voluntarios, al mando del señor Oteiza, á darle la guardia de honor. Las músicas de Mendigorria y del batallón de Voluntarios le obsequiaron con una brillante serenata, y á las tres de la mañana, acompañado de los Voluntarios y las músicas, salió en dirección de Zumarraga con el objeto, según hemos oído, de dirigirse á Vizcaya á extinguir las partidas de latro-facciosos que aún vagan por aquella provincia.» (*El Euzkara*.)

El diario de Tarragona da detalles curiosos sobre la invasión de Reus, y nos parece oportuno copiar lo que dice:

«Con el epígrafe de *Los carlistas en Reus* se lee lo siguiente en el *Diario* de aquella ciudad de fecha de ayer:

En medio de la alarma y consternación que acaba de apoderarse del ánimo de estos vecinos, escribimos estas líneas para dar cuenta á nuestros lectores de la entrada de los carlistas en esta ciudad.

La partida capitaneada por el titulado general carlista Bayo, aparte de otros cabecillas carlistas, y en número de cuatrocientos á quinientos hombres, dice que en el Hospital tomaron el tren del ferro-carril y desembarcaron en Salou.

Llegados á Salou á eso de las cuatro de la tarde, prorrumpieron en mueras á la libertad e inutilizaron en el acto la vía férrea y el telégrafo. Alarmados los muchos bañistas que de esta ciudad había en Salou, les manifestaron que se tranquilizaran, pues su objeto era verificar su entrada en Reus.

Serían las seis y media cuando llegaron á esta ciudad, divididos en tres partidas y entrando por diferentes puntos. Dirigieronse á la plaza de la Constitución y se apoderaron de alguna casa como medida de precaución; según voz pública, penetraron en la Casa popular, en donde exigieron al ayuntamiento cuatro mil duros.

Recurrían á compañías la población y manifestaban que no tuviesen temor los transeúntes, no evitando por ello los disgustos, corridas y zozobra que ha motivado la inesperada visita de los carlistas, por encontrarse la mayor parte de estos vecinos fuera de la población.

La escasa fuerza de caballería que guardenece esta plaza estaba de paseo, por cuyo motivo tuvo la consiguiente sorpresa, habiendo tomado el sable á un soldado y corriendo apresuradamente la tropa y jefes hacia el cuartel, siendo herido en esta ocasión el coronel, que á caballo regresaba también de paseo.

La poca guardia de infantería que hay en las cárceles de este partido fué sorprendida, haciéndosele una descarga é hiriendo al centinela.

Muchos jefes é individuos de la caballería se armaron con carabinas y tomaron las bocas-calles inmediatas á los cuarteles, haciendo una viva y tenaz resistencia, que rayó en heroísmo, por espacio de más de una hora de fuego, hasta entrada la noche en que han abandonado la población los carlistas, en vista del arrojío, digno de todo elogio, de nuestro ejército.

Los carlistas han tenido algun muerto, varios heridos y prisioneros, siendo herido de

gravidad y preso el cabecilla titulado el *Francés*, y muerto su caballo. Dicese que hay otro cabecilla herido, el cual se lo han llevado los carlistas.

Cuentase el arrojó de un paisano que, puñal en mano ha herido á un carlista, apoderándose de su arma y disparándole un tiro con ella.

La autoridad ha publicado un bando á eso de las nueve de la noche, mandando á estos vecinos pusiesen luces en los balcones y ventanas, y luego otro ordenando se presentasen todos los vecinos que tuviesen armas, ó bien que las entregasen en la Casa popular. Varios paisanos han pasado á los cuarteles y se les ha hecho entrega de las armas que había disponibles.

Toda la noche han sido reforzados los puntos más estratégicos de la población, recorriendo la ciudad varias patrullas.

Al *Diario de Barcelona* le escriben lo siguiente desde Prast de Llusanes:

«Mientras en esa capital circulaban rumores de haber sufrido una grave derrota la partida de Castellá y de haber muerto su jefe en la reiriega, le teníanos tranquilo y sosegado en esta villa, en donde permaneció gran parte del miércoles.

Esta mañana ha entrado de nuevo con Galcerán y otros varios cabecillas, juntamente con Tristany, nombrado, según parece, por don Carlos capitán general de Cataluña, y á quien acompaña un numeroso estado mayor. Figuran en él algunos jóvenes títulos extranjeros.

El total de las fuerzas carlistas reunidas hoy en esta villa era de unos setecientos hombres, y ante esa progresión creciente de las partidas que pasan á nuestra vista, y ante la mayor importancia de las personas que las componen, no es posible concebir esperanzas de que la paz renazca pronto.

Nada más se sabe de interés á la hora en que cerramos esta Revista.

Hay quien dice que los carlistas de Cataluña esperan de un día á otro la orden de don Carlos para poner fin á las hostilidades; pero esto lo consignamos como uno de tantos rumores que necesitan confirmación.

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTÍN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

Después, no satisfecho aún, ó acaso sin saber lo que hacía, José cogió en sus brazos el inanimado cuerpo de su sobrina Isabel y le arrojó á la planta baja por el hueco de la escalera; luego cogió á la pequeña é hizo lo mismo, y sólo entonces fué cuando se encaró con Urquizar.

El infeliz creyó llegada su última hora, y comenzó á balbucear una oración, mientras sus manos temblorosas se cruzaban sobre el pecho implorando, sin duda, la compasión de José. Pero en aquellos momentos posible es que no tuviese conciencia de lo que hacía ni de lo que decía. Su propio peligro por una parte, el espectáculo de la desastrosa muerte de las dos niñas por otra, los gritos de la familia de Alcañiz, el resplandor del incendio, la muerte, en fin, rodeándole por todas partes y en mil formas distintas, todas á cual más horribles, es una situación capaz de transformar para siempre el cerebro más vigoroso y mejor organiza lo.

Urquizar comenzó á temblar y sus ojos espantados se fijaron en el descompuesto rostro de José, pero no pudo articular ninguna palabra. Su lengua se había adherido á la garganta, y todos sus esfuerzos eran importantes para emitir ningún sonido.

De pronto José agarró de un brazo al aturdido joven y le atrajo hacia sí blandiendo el mortífero hierro.

—Escucha,—le dijo,—dime dónde está Domínguez, ó te mato.

Urquizar quiso hablar, pero sólo sus labios se movieron.

—No lo has oído?—prosiguió diciendo José;—te he preguntado que donde está Domínguez. Habla si aprecias la vida.

—Señor,—exclamó por fin el pobre joven;—cuando han llamado ustedes estaba en su alcoba; después le he visto correr por la habitación y asomarse á las ventanas pillando socorro, pero luego no sé dónde se ha metido.

—¿Es decir que se ha escapado?

—Lo ignoro.

—¿Acaso habrá saltado por alguna ventana? ¡Ira del cielo!

Y de pronto añadió dando un empujón á Urquizar:

—¿No es la casa de su sobrino Aragüez la que se halla contigua á esta?

—Sí señor.

—Entonces en ella se ha ocultado sin duda. Ven conmigo. Es preciso matarle.

Urquizar, que no podía resistirse, comenzó á descender la escalera seguido de José.

Entonces fue cuando su hermano, que iba á subir á buscarle, se detuvo esperando que bajara.

XXII

—¿Has visto á Domínguez?—fué la primera pregunta que á un mismo tiempo se dirigieron los dos hermanos.

—No,—se contestaron.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—Presumo,—añadió José,—que el bribón se ha ocultado en casa de Aragüez y voy á buscarle. ¿Has concluido tú?

Esta horrible pregunta hizo estremecer á Urquizar.

—Sí, respondió Felipe,—he realizado mi parte.

—¿Has registrado la casa?

—Toda.

—Pues entonces nada hacemos aquí. Vamos á casa de Aragüez.

Al tiempo de pronunciar estas palabras, José tropezó con los cadáveres de las dos niñas, e inclinándose observó que la de tres años se movía todavía.

—¡Calle!—exclamó ferozmente.—¿Todavía te menea? Pues voy á ver si concluyo contigo.

Y poniéndola los pies sobre la cabeza se la aplastó, diciendo:

—Es preciso acabar con toda esta familia.

Urquizar, en medio de su terror, no pudo menos de volver la cabeza para no presenciar aquel ensañamiento inexplicable, lo cual no fué observado por los Pardos, pues es seguro que si hubieran visto su gesto de horror habría podido costarle la vida.

Consumados tan horribles delitos, y no teniendo que hacer en el interior de la casa, empujaron á Urquizar para que saliera, siguiéndole los dos hermanos, no sin que les costara algún trabajo tener que atravesar por las llamas que rodeaban el edificio.

Dos minutos después se hallaban á la puerta de la casa de Aragüez, á la que llamaron violentamente con las culatas de sus retacos.

Francisco Aragüez salió á abrirles, después de haber hecho lo posible por tranquilizar á su mujer Remedios Roa y á sus hijos Dolores, Francisco, Remedios, Isabel y Antonio.

El incendio, el ruido del disparo, las voces de socorro, todo había demostrado á Aragüez que un horrible crimen se estaba cometiendo en la casa de su tío, y como sus relaciones con Domínguez eran muy buenas temió por su vida. Acaso los Pardos, á pesar de que no los había ofendido, quisieran asesinarle por ser sobrino de Domínguez, cuyo pensamiento le hizo abrir la puerta.

—No hay que asustarse, Francisco,—ex-

clamó Felipe, que en aquel momento parecía estar más tranquilo que su hermano;—nosotros no venimos aquí de guerra. Ningun daño nos has hecho, y no tenemos por qué vengarnos de ti. Pero es preciso que no encubras á ese bribón de Domínguez, ¿lo entiendes? porque en este caso ha iamos contigo y con tu familia lo que hemos hecho con la del Domínguez. Venimos en busca de este.

—¿En busca de Domínguez?

—Sí.

—Pues aquí no está.

—¿Cómo que no está?—gritó José;—este hombre que nos acompaña nos ha dicho que sí.

—Pues ese hombre se ha equivocado.

—¡Oh! no,—exclamó Urquizar;—yo no he dicho á ustedes que Domínguez estuviese aquí, sino que era fácil que estuviera.

—¡Ah! bribón, ¿también pretendes engañarnos?—exclamó Felipe aproximándose á Urquizar con aire amenazador.

—¡Yo, señores!

—Pues ahora lo verás.

Y sin más palabras ni violencias dió una puñalada á Urquizar y en seguida otra, que por fortuna no fueron graves, si bien una de ellas le había cortado una de las arterias de la muñeca izquierda y la sangre salía con abundancia.

A la vista de este nuevo atentado, Aragüez se interpuso con exposición de su propia vida entre Urquizar y los dos hermanos, á lo cual repuso Felipe:

—No ruegues por él, porque vamos también á matarle.

Calculen nuestros lectores la impresión que semejantes palabras producirían en Urquizar y en la mujer de Aragüez, que comenzó á exhalar gritos terribles.

La voz de Felipe al pronunciar aquellas palabras había sido tan terminante que no cabía la esperanza de hacerle desistir de aquella idea; pero el espanto de la mujer de Aragüez afectó á éste tan profundamente, que se atrevió á decir á Felipe:

—No, Antonio, no.... En mi casa no puedo consentir que maten á este pobre hombre. ¿Que daño os ha hecho?

—Nos ha engañado.

—Pues bien, ¡djadle marchar. Creo que esta noche ha corrido ya bastante sangre.

—No toda la que era preciso. Aun nos falta verter la más negra. Pero ya la encontraremos.

Y dirigiéndose á Urquizar le dijo:

—Ea, echa delante, gallina, haremos á Aragüez el servicio de que no te vea patear.

—Pero señores, si yo no he pretendido engañar á ustedes.

—¡Calla, calla!—dijo José.

—Vamos, perdonadle,—añadió Aragüez.

—No,—dijo Felipe;—es preciso que muera. Iban ya á salir, cuando Felipe, volviéndose bruscamente á Aragüez, añadió:

—¿Pero estás seguro de que Domínguez no está en tu casa?

—Segurísimo.

—Pues no dándote crédito, vamos á registrarla. Alumbra.

La situación no era para que Aragüez les chase en cara aquella muestra de desconfianza; conoció que la menor palabra que pudiera ofenderlos harían con él y su familia o que había hecho con la de Domínguez, y se resignó.

En situación semejante, todos hubiéramos hecho lo mismo.

Precedidos del mismo Aragüez y seguidos de Urquizar, los dos hermanos registraron toda la casa, sin que les fuera posible encontrar al Domínguez; por lo que, aumentándose su enojo, intentaron nuevamente asesinar á Urquizar dentro de la casa.

Las suplicas de Aragüez contuvieron por fin á los dos hermanos, que salieron al campo, llevando entre los dos á Urquizar.

Ya fuera, Felipe le preguntó cuál era la

SECCION FESTIVA.

Un reo condenado á muerte solicitó el indulto y le fue negado.

Apenas lo supo pidió que le permitieran sangrarse.

—¿Y para qué?—le preguntaron.

—He oído decir,—respondió,—que en muchas ocasiones una gran sangría salva la vida, y... quiero hacer la prueba.

Sabido es por todos que Francisco I. fue hecho prisionero por los españoles en la batalla de Pavia.

Queriendo este monarca burlarse un día de cierta dama, cuya hermosura había pasado, le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace, señora mía, que regresásteis del país de la belleza?

—Señor,—respondió ella,—el día mismo que vuestra majestad volvió de Pavia.

Ordenó en cierta ocasión un gobernador al alcalde de un pueblecito que recogiese cuantos números encontrase del periódico *The Times*, los cuales le había de remitir.

Mal día pasó el alcalde en busca de lo que la autoridad le pedía; y como no lo encontraba, le mandó la siguiente comunicación:

—Señor: He buscado por todas las tiendas del pueblo el *The Times* y no encuentro más que *the verde* y *the negro*. Dígame usía si he de recoger estos ya que no encuentro el que me pide.

Un novio estrechándose al salir de la vicaría:

—¡Oh, amigo! ya poseo una mujer de mis sueños.

—Pues te aconsejo que no vuelvas á dormirle.

Es documento curioso el siguiente certificado para un lobo muerto:

Los abajo firmados, alcalde y secretario de..., certificamos á quien convenga que Juan Sanchez, cultivador y destructor de mañanitas tales como lobo, zorra, perro rabioso y otras, a venido á declararnos que abia matado á una loba ala entrada del bosque al que había encontrado las putas en la nieve.

Aviendonos tra-por-tao sobre las dichas patas y nuestro secretario emos encontrado al animal muerto con nuestro secretario al cual emos reconocido el seso e-ata-men-te habiendo visto que ladicha loba era lobo, todo con nuestro secretario al cual no emos podio sacar los lobecenos como manda la ley. Y por esto le libramos el certificado para el lobo solamente: alefeto que le valga una prima, siempre con nuestro secretario, al cual hemos cortao las patas para juntarlas con el pre-ente para que le valga lo que declaramos verdad y firmamos. etc.

En los últimos diez años, el oro exportado de la Australia, sólo en barras, se eleva á diez y siete millones de onzas, próximamente unos siete mil millones de reales. Hay que añadir otros dos mil millones en moneda. Desde 1850 á 1862, el oro exportado de Australia se elevó á diez mil millones. En el mismo tiempo produjo la California doce mil millones de tan rico metal. Calculándose la producción del oro en los demás países del mundo en unos quinientos millones anuales, se llega en un cuarto de siglo á la suma verdaderamente fabulosa de cuarenta mil millones. La inmensa columna, imitando oro, que se ve en el Palacio de Cristal de Inglaterra, representa el espacio y proporciones que ocuparía la mitad de este oro, que es justamente la cifra que la Francia ha tenido que pagar por su increíble indemnización á Alemania.

—¿Conque te quieres ir?—preguntaba la señora á su criada.

—Hoy mismo.

—¿Tan mal te tratamos?

—Yo de usted no tengo queja; ¡pero viven ustedes tan lejos del cuartel!

—¿Desde cuándo es usted mudo?

—De nacimiento, señor.

—¿Pues cómo habla usted?

—Solo hablo lo estrictamente necesario.

—Dígame usted, amigo, ¿por qué en las velas de los campanarios colocan siempre un gallo y nunca una gallina?

—¡Hombré, no sea usted torpel! ¿no comprende usted que si fuera gallina y pusiera huevos se romperían al caer?

—¿Sabe usted que mi mujer acaba de hacerme padre?

—¿Y que tenemos, ¿un niño?

—No señor.

—¿Conque una niña?

—Usted es el diablo; ó lo sabía, ó se lo han dicho.

—Muchacho, mira qué hora es.

—¿En que reloj?

—En el de sol que hay en la galería.

—Pero si es de noche....

—¡Animal! enciende fósforos.

—Señor, en California abunda tanto el oro, que una tarde paseando tropecé con una pepita que pesaba unas cuarenta y cinco onzas.

—¿Cuarenta y cinco onzas!—dijo uno.

—Sí señor.

—¿Y á eso llama usted pepita?

—¿Pues como la he de llamar?

—¡Mi señora doña Josefa!

—¿Qué empleo tiene ese hombre que siempre le veo elegantemente vestido y dispuesto á obsequiar á sus amigos?

—Es jugador de pelota.

—No había conocido un hombre que con las faldas ajenas remedie las suyas como lo hace este.

—¡Eh, mozo, traiga usted cigarros!

—Pero hombre,—le dice su mujer,—porque pides cigarros si tienes la petaca llena?

—¿Pues cómo lo sabes?—le contestó el marido.—¿Me has registrado los bolsillos?

—No, hombre; lo vi esta mañana al buscar las zapatillas.

Decía un zapatero á un sastre:

—¿Sabes por que chillan tanto las botas á ese caballero?

—¿Por que?

—Porque aún no me las ha pagado.

—Hombré, esa no debe ser buena prueba, porque en tal caso también chillaría la levita.

Escribía un literato en su gabinete, y entró un criado gritando:

—Señor, que hay fuego en la casa!

—Díselo á mi mujer,—contestó sin levantar la cabeza;—en las cosas de la casa yo no me meto.

Kosciusko, héroe polaco, vivió mucho tiempo en Soleure (Suiza). Un día quiso regalar á un amigo suyo algunas botellas de excelente vino, y como no podía él mismo llevarlas, encargó de esto á un jóven, á quien dió para ello el caballo que él solía montar. Al volver el jóven fue á casa de Kosciusko y le dijo:

—Otra vez que tengais que encargarme algo, no me deis vuestro caballo, ó dadme también con el vuestra bolsa.

—¿Por que?—preguntó Kosciusko.

—Porque cada vez que encuentra á un pobre por el camino y se quita el sombrero para pedir limosna, vuestro caballo se para, y es imposible hacerle que ande hasta darle algo al pobre. Como yo no llevaba ningún dinero, no he encontrado otro medio que hacer ademán de dar limosna, y entónces es cuando el caballo consentía en proseguir andando.

Esta costumbre del caballo es la prueba más elocuente de los benévolos y caritativos sentimientos de Kosciusko.

casa en que Dominguez guardaba los toldos para los paseros, y despues de indicársela Urquizar, prosiguió aquel con todo el sarcasmo de su corazón:

—Corrientes; entónces ven con nosotros para que nos ayudes á destruir esa casa, porque es preciso que sea aniquilado todo lo que pertenece á ese hombre. Despues decidiremos lo que hemos de hacer de tí.

—Pero señores, si yo en nada me he metido.

—No importa. Eres criado de Dominguez.

Y por lo tanto cosa suya. Arrea.

Y con una brutalidad que sólo puede explicarse por el delirio del corazón, Felipe empujó á Urquizar hacia el sitio que se veía la casa-almacen de Dominguez.

XXIII

Juan Urquizar comprendió que no había salvacion posible para él. Aquellos hombres estaban decididos á matarle, y no había en todo Almagre quien se atreviera á perseguir á los dos hermanos.

Todas las casas permanecían cerradas, á lo menos aparentemente, y sólo algunas cuantas personas se veían á la puerta de la casa de Dominguez consolando á la familia del de Jimenez y tratando de apagar el incendio, que ya se había apoderado por completo del edificio.

En tal situación, y ya herido, y herido de alguna gravedad, pues como hemos dicho tenía partida una de las arterias de la muñeca izquierda; por la cual, á pesar de sus esfuerzos salía la sangre, á borbotones, el pobre jóven no podía defenderse ni hacer otra cosa más que dejarse asesinar. Confesamos que esta idea no tenía nada de agradable, y no nos extraña que Urquizar estuviera como entontecido, sin saber que hacer ni que resolver.

Con motivos menos poderosos que los suyos, en circunstancias no tan funestas ni comprometidas, ¿cuántos hombres de valor no han dado pruebas de cobardía! Repetimos, pues, que no extrañamos el amilantamiento de Urquizar; y no solamente no lo extrañamos, sino que lo encontramos muy natural y muy lógico.

Pero el sentimiento de la vida tiene una fuerza irresistible. La presencia de un peligro eminente trastorna, es cierto, la razón; pero la trastorna de tal manera, que á veces el mismo delirio en-cendra una idea salvadora. Podrá ser una idea absurda, loca, imposible, no importa; aceptase y se ejecuta.

En ocasiones, la idea imposible se realiza y el peligro se rechaza.

Juan Urquizar precedía á los dos hermanos. Pádos como un reo que marcha al patíbulo: su paso lento y vacilante, su inclinada cabeza, sus heridas, todo hacía imposible una fuga; pero de pronto, obedeciendo á una idea súbita como el relámpago, echó á correr con una violencia inaudita.

Jose y Felipe se miraron y lanzaron una imprecacion horrible, pero permanecieron inmóviles. En el acto comprendieron que era imposible alcanzar al que habían creído su víctima.

Urquizar subió á escape una de las colinas, y en su cima se detuvo para tomar aliento al ver que no era perseguido. Entónces oyó á José que decía entre horribles blasfemias:

—¡Que baje ese hombre! (1).

Como nuestros lectores pueden comprender, Urquizar no hizo caso de tal orden, y en vez de obedecerle prosiguió su carrera campo adelante, sin detenerse más que para respirar, llegando á Vélez-Málaga entre dos y tres de la madrugada.

Dejamos á Urquizar, ya en salvo, presentarse á la autoridad en demanda de auxilio, y volvamos al teatro de los desastres.

Durante algunas páginas la decoracion tiene que ser la misma.

(Se continuará.)

(1) Histórico.



Retirada y dispersion de la partida Carasa, tomada de un croquis remitido por nuestro corresponsal.

Hé aquí lo que contó en cierta tertulia un antiguo cónsul de España en el Cabo de Buena Esperanza:

—Una vez, cinco ó seis personas que íbamos reunidas, nos extraviámos á cinco ó seis leguas de la ciudad del Cabo. Era tarde, iba á ponerse el sol, y todos nos moríamos de hambre. Por fin divisamos la choza de un negro y entramos en ella.

Por el momento sólo la habitaba una vieja, negra también, que no sabía ni una palabra de inglés.

Pedimosla por señas que nos diese algo para comer, é igualmente por señas nos respondió que no tenía nada.

—¿Y eso?—signifiqué yo, designando una especie de setas colgadas en el techo por medio de una cuerda.

La negra hizo un gesto de horror y huyó.

—Señores,—dije, dirigiéndome á mis compañeros,—no tienen mala traza esas setas; vamos á cocerlas con agua y sal y á comérnoslas.

Así lo hicimos, y apenas terminábamos nuestro frugal banquete, cuando apareció el dueño de la cabaña guiado por la vieja.

—¡Miserables!—exclamó en malísimo inglés.—Os habeis comido mis trofeos.... ¡Las orejas de mis enemigos!

—Inútil es añadir que todos escapamos de allí como alma que lleva el demonio.

La historia es curiosa, pero ¿será cierta?

—Muchacha, ¿quieres venir á tomar un sorbete?—le dijo un pollo á una jóven en Capellanes.

—¡Oiga usted! A mí no se me tutea, ¿estamos?

—Señorita, ¡si usted me hiciese el honor de acompañarme á cenar!....

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?—le contestó la jóven.

Un pobre hombre, habitante de cierto pueblo de las cercanías de Madrid, que iba á contraer matrimonio, fué días pasados á confesarse con el párroco, quien enterado de sus intenciones le quiso examinar de doctrina cristiana; pero su estupidez ó su ignorancia eran tan grandes, que el cura se indignó de entrambas y no le dió la absolución.

Fuése, pues, el novio muy afligido á contar el lance á su madre, la cual, antigua conocida del párroco, le prometió lograr aplacarle.

—Señora,—exclamó aquél furioso,—ese muchacho es un bestia. Figúrese usted que me contestó que no sabía nada de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

La buena mujer abrió los ojos desmesuradamente y dijo retratándose en su semblante la más viva sorpresa:

—¿Ha muerto Jesucristo? Pues nosotros no sabíamos siquiera que estuviese enfermo.

La policía acaba de descubrir en Londres en una vieja casucha de Higsburg, situada en el fondo de una callejuela oscura, una fábrica de estropeados. En ella eran admitidos los niños de corta edad, y se les torcía los piés, se les deformaba el rostro, se les achataba el cráneo, se les replegaba los brazos de manera que pudiesen aparecer mancos, y todo ello á petición de sus padres, que se servían luego de ellos para excitar la caridad pública. Deformar una pierna costaba por ajuste alzado treinta chelines, sin contar la manutención, si el niño tenía menos de un año; si pasaba del año costaba dos libras esterlinas. Por hacer un manco ó deformar

una cabeza, cuatro libras: todo tenía su tarifa.

Además se daba en ese humanitario establecimiento lecciones á los mendigos adultos para simular una porción de enfermedades y lacras.

La casa, muy conocida de los bandidos de Londres, tenía por razón social «Willis, Willis, Batnan y compañía.»

Por supuesto que los dos Willis y su socio Batnan van á dar cuenta á la justicia de su horrible industria, así como una docena de empleados suyos.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda todos debemos tener, y no comprendo, señores, cómo sin ella comer.

Tercia y prima, el peregrino mucho suele frecuentar; pero, amigo, les advierto sepan la higiene aplicar.

Lectora, no ponga Dios en cuarta y prima tu alma, para lo cual te aconsejo que procures tener calma.

Y si algun disgusto os dan, procurad, de cualquier modo, disfrutar por un momento las dulzuras de mi todo.

ADRIAN GARCIA.

Solucion á la charada del número anterior.

ROSARIO.

Editor propietario: JESÚS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.